



Ni de
broma
jefe

Cynthia Walter

Ni de broma jefe

CYNTHIA WALTER

© Walter, Cynthia [Primera edición: Abril de 2020]

ISBN—

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Se pueden querer muchas cosas y de múltiples formas pero nunca habrá algo que se haga más apetecible que aquello que se abre sin querer...

Índice:

Capítulo 1:	9
Capítulo 2:	15
Capítulo 3:	22
Capítulo 4:	30
Capítulo 5:	37
Capítulo 6:	42
Capítulo 7:	49
Capítulo 8:	56
Capítulo 9:	65
Capítulo 10:	73
Capítulo 11:	79
Capítulo 12:	85
Capítulo 13:	92
Capítulo 14:	98
Capítulo 15:	104
Capítulo 16:	111
Capítulo 17:	118
Epílogo:	126

Capítulo 1

Ingrid

—Aquí hay demasiada gente. —Eso fue lo primero que dije cuando llegué al vestíbulo de *Publicity Lion Marketig*. Por suerte iba junto a mi amiga Alina. Nos presentaríamos al mismo puesto, al igual que otras cien personas. Todos íbamos bien vestidos, preparados para dar nuestra mejor impresión.

—Tenemos el doble de oportunidad que el resto. —Bromeó. En realidad, se refería al hecho de que, al vivir las dos en el mismo piso, y estar las dos sin trabajo, casi que nos valía que contratasen a cualquiera de las dos. —¿Crees que preferirán chico o chica para el puesto? —Señaló a varias personas. Yo también era capaz de verlo, éramos candidatos variopintos.

—Pues no lo sé. Parecen buscar algo en concreto. —Sería como elegir una aguja en un pajar. Seguramente todos tendríamos la carrera de marketing. Por las edades, y sin querer prejuizar a nadie, hubiera dicho que algunos la acababan de terminar mientras que otros debían de tener años de experiencia. —Quizá un palpito o algo así.

—Tía. —Alina me empujó riéndose. —No creo, si te soy sincera, que vayan a elegir a su nuevo miembro del equipo de marketing al azar. —Quizá tenía razón pero no veía cómo iban a decidir, entre tantas personas, sin primera criba aparente, quién se quedaría.

—¿Señorita Alina? —Dijo una chica acercándose a mi amiga. —¿Es el número 1154? —Ella asintió y se fue para pasar a la entrevista. Le deseé suerte mientras crucé los dedos.

Sin mi mejor amiga al lado, dar vueltas por el centro aglomerado se hizo algo más complicado. Me agobiaba la gente, y lo hacía enormemente. ¿La razón? Lo había meditado mucho, pero había llegado a la conclusión de que sólo podía confiar en mí misma y eso me hacía querer apartarme de la gente. Porque las medias tintas... No iban con mi personalidad.

—¿Señorita Ingrid? —Un chico joven con gafas y una lista de nombres que ocupaba más de tres folios se acercó a mí. —¿Llevas el número 1251?

—Sí, no hay más de mil candidatos... —Dije mientras caminábamos. —¿O sí los hay?

—No, solo unos cientos. —Se veía claramente que limitaba la información que me daba. —Entra a esta puerta y siéntate frente al ordenador. Aparecerá un cuestionario. Sólo tienes que rellenarlo. Después sales por la puerta del lado contrario. —Fue a cerrar en cuanto entré. —Si eres seleccionada, te llamarán. Buena suerte.

Me senté frente al ordenador que, sin duda, era moderno. La silla era cómoda y me tomé el tiempo necesario para estar tranquilo antes de darle al botón “iniciar”. Cuando pinché encima del recuadro apareció una habitación un hombre desnudo en la cama. Me sobresalté. No era eso lo que había esperado que se proyectara en la pantalla. Pasado el impacto inicial me fijé en el texto y las opciones que había bajo la imagen.

“Llegas a esta habitación buscando una sensación única e irrepetible

- a) *Desatas tus fantasías más oscuras con el hombre que está en la cama.*
- b) *Dejas que el hombre de la cama desate sus mayores pasiones contigo.*
- c) *Te tumbas a contarle todas tus locuras e ideas con la proyección de encontrar un proyecto único de marketing.”*

Volví a mirar la escena y las opciones. ¿Cómo se suponía que en esas tres opciones iba a estar reflejada mi creatividad y mi capacidad imaginativa?

Estaba pensando demasiado inmersa en lo mal que me parecía esa prueba y que, sin poder evitarlo, iban a tener más gente que eligiera la misma opción, cuando puso en la pantalla que quedaban 30 segundos. Me preparé para marcar la a, luego la b, y por último

la c. Finalmente no marqué ninguna. Pensé que era posible que la siguiente pregunta me definiera más, pero, para mi sorpresa, salió un mensaje informativo “Fin de la simulación”. ¿Qué? No podía ser. ¿Así se había esfumado mi gran oportunidad? Al no haber marcado ninguna opción saltó un cuadro en blanco que permitía escribir para reportar algún error. ¿Error? Toda esa prueba era un error. ¡Y no significaba que yo no tuviera talento!

Salí utilizando la otra puerta. Estaba tan enfadada que prácticamente corría. No pude parar hasta que noté una mano en mi hombro. Alina me abrazó. Posiblemente era capaz de imaginar que si estaba de ese humor era que no me había salido nada bien.

—¿Qué tal te ha ido a ti? —Preguntar primero era una forma de conseguir tiempo para calmar los nervios.

—Eran pruebas extrañas. —Se encogió de hombro sonriendo.

—¿Pruebas? ¿Varias? —Pestañeeé dándome cuenta de algo. No había tenido razón en mis sospechas. Debía haber contestado cualquier cosa y lucirme en las siguientes.

—Con lo del primer tío me quedé alucinada, pero luego vino lo de la mujer en la cama y flipé por completo. Parecía más un cuestionario sobre preguntas sexuales que otra cosa. —Sonreí forzosamente porque me encontraba molesta conmigo mismo. No había sido capaz de hacer nada. —¿Y tú? ¿Qué elegiste?

—Locuras. —Fue mi única respuesta. Omití decirle que no contesté nada y que, patéticamente, dejé una rabieta como respuesta en el cuadro blanco de reporte de error. —Nos vemos en el piso. Tengo unas cosas que hacer.

Me alejé intentando despejar mi mente. Se presentarían más oportunidades como publicista pero tenía la sensación de que aquella oportunidad era realmente buena. Al fin y al cabo, era la compañía más rica e importante de la ciudad y entre las más importantes del país.

Capítulo 2

Izan

Estaba agotado de ver las distintas salas donde estaban realizándose las pruebas. Como era predecible, fueron pasando las preguntas. Se suponía que buscábamos una combinación de respuestas que demostrara una persona, hombre o mujer, con ganas de aventura y capacidad para arriesgarse.

—Creo que deberías ver esto. —Antonella, una de las más antiguas en nuestro equipo creativo colocó en mi tablet un texto del que me pregunté la procedencia. —Un candidato no ha respondido a la primera prueba. Se le ha acabado el tiempo.

—¿Y pide una segunda oportunidad? Sabes que no las damos. —Me extrañó tener que explicarle eso a ella precisamente.

—Precisamente eso es lo que me ha llamado la atención. —Volvió a abrirme la pestaña en el dispositivo obligándome, prácticamente a leerlo.

—Parece que tenemos cuatro candidatos que han respondido la combinación deseada, ¿pasamos a la segunda fase? —Preguntó mientras Anthony que estaba enfrascado en las pantallas.

—Enseguida voy. —La segunda fase se trataba de entrevistas personales en las que ya me encargaría yo mismo de hacerles preguntas que me sirvieran para ver sus inquietudes. No era fácil trabajar conmigo como jefe de equipo y por eso yo mismo hacía las entrevistas.

“No he elegido ninguna de las respuestas porque todas me parecían demasiado obvias. Se basan en un deseo carnal que nada tiene que ver con la creatividad. De hecho, si hay que elegir es que no nos dejáis crear. Qué extraño en una empresa de marketing. ¿Dónde hizo el creador de la empresa marketing? Si hubiera tenido que hacer algo que me produjera una sensación única e irrepetible, me hubiera tirado por la ventana que estaba abierta. La sensación de volar dicen que es única, pero, si es sin sistema de sujeción, sería irrepetible.”

—Te hace pensar. —Dijo Anthony que lo leía detrás de mí. No lo oí acercarse. Él siempre era silencioso.

—¿Dónde está el candidato? —Pregunté curioso esperando a que alguien me pusiera en la pantalla del ordenador el momento en el que escribió eso. Debía ponerle cara a la única persona que había conseguido sorprenderme.

—Es ingenioso, no cabe duda, pero no por ello deberíamos darle el puesto. —Fred, otro miembro del equipo, uno con un punto de vista muy realista, dio su opinión. Quizá sirvió para ponerme un poco los pies en la tierra mientras Antonella emocionada ponía el video en marcha.

En la pantalla apareció una chica joven vestida de traje chaqueta que se tomó más tiempo del que era habitual en sentarse. ¿Estaría nerviosa? No lo parecía. Encendió la simulación y la vi detenerse a mirar cada respuesta. También la vi dudar cuando se encendió la cuenta atrás. Pero no fue hasta que la vi reaccionar al observar el cuadro que tuve claro que a la entrevista debía venir. Se la veía con coraje y valentía.

—Llamadla para que venga a la siguiente fase. —Hubiera dado por finalizado el proceso ya que me había sorprendido y de eso trataba la publicidad, pero en el fondo Fred tenía razón, podía haberse tratado de un momento de lucidez. Me encargaría de comprobarlo personalmente.

Llegué a mi ático tras guardar mi BMW en la plaza privada del sótano. Lo cierto era que todo el edificio era de mi propiedad pero no usaba más que la planta de más arriba. Era una necesidad de tomar el aire y ver la ciudad que siempre había querido que fuese mía de alguna forma. Y lo era. Allí donde miraba había campañas publicitarias de mi empresa.

Pensé en la incorporación al equipo de alguien nuevo. Me había costado mucho dar el paso, sinceramente, no me gustaba en exceso cambiar nada en algo que iba a la perfección. Y eso, no casaba mucho con lo extrovertido que yo era y el carisma que tenía, pero era supersticioso respecto al equilibrio de mi equipo. Cada uno podía decirse que tenía su ángel y su demonio, pero nos entendíamos bien. Habíamos tenido que iniciar el proceso

simplemente porque no dábamos abasto con los pedidos de publicidad y cada vez los clientes iban siendo más exigentes con la originalidad de las ideas. No podía tener día y noche trabando a los mismos en tantas cosas distintas, podían acabar colapsando.

—Su padre está en la puerta. —Abbot me afligió con aquella noticia. No era que no quisiera a mi padre, pero tenía la absurda idea de que la publicidad no servía para nada y que estaba malgastando mis estudios y mi talento. Era de la idea de que la gente compraba por el producto y no por las sensaciones que creábamos. No podíamos ser más distintos...

—Hijo mío. —Le abracé sonriendo algo forzado. No eligió un buen momento. Me gustaba pasar la tarde haciendo deporte para sofocar mi gran actividad para luego tener toda la noche para trabajar en distintos proyectos. —¿Va todo bien? ¿La empresa bien?

—Sí, todo en orden. —El hecho de que mi padre deambulara por mi apartamento lleno de palabras medias tintas y con esa mirada dubitativa no auguró nada bueno. —Necesito dinero, Izan. —Ahí estaba. Otra vez pidiéndome. Me senté en sofá dejando caer mi metro ochenta y cinco y todo mi atlético cuerpo. —Es para algo bueno esta vez. —Probablemente mintió.

—¿Para qué, papá? —Hablar de la necesidad incesante de dinero de mi progenitor era más agotador para mí que pasarme todo el día trabajando. Quería tener la mente despejada. Ni si quiera debía de haber preguntado.

—Quiero casarme de nuevo. —Me atraganté con el vino que acababa de llevarme a la boca y tuve que darme dos golpes en el pecho. ¿Qué había dicho? —He encontrado al amor de mi vida. —Eso, de todo lo que podía haber dicho para pedirme dinero, era lo único que no me había esperado. —He pensado que podemos ir a comer con ella y que la conozcas. —Era un detalle considerando que pretendía que pagase la boda. —Hijo...

—Está bien. No digas más. —Levanté la mano invitándole a irse. Iría a comer pero necesitaba que se fuera esa noche. —Mañana es un día importante, llámame para decirme el restaurante. —Le hice un gesto a Abbot para que acompañase a mi padre a la puerta.

Mi padre se llamaba Hank, era un hombre encantador y, en algún momento de su vida, fue un gran empresario. Pero cuando mi madre le dejó para irse con un francés cuyo nombre aún me cuesta disfrutar, cambió radicalmente. Mi madre había sido buena conmigo y con él, pero se cansó de esperar a que Hank sacara tiempo para ella. Pero lo peor llegó cuando mi padre empezó a ir a fiestas y casinos...La cosa se descontrolaba de vez en cuando y tenía que venir a pedirme dinero hasta que le girasen el ingreso mensual de las inversiones que le quedaban.

Miré de nuevo hacia la gran ciudad en la que empezaba a atardecer. Tenía que conseguir que el nombre de la empresa de publicidad que tanto me había costado construir siguiera creciendo y siendo lo mejor en lo que hacía. Algo me dijo en mi interior que, la decisión del día siguiente, sería clave en el desarrollo de *Publicity Lion Marketig*, y, por tanto, de mi vida.

Capítulo 3

Ingrid

Me estaba tomando un café con vainilla y nata en una multinacional de la que me cuestionaba cómo había llegado a su éxito cuando mi móvil sonó. Era un número extremadamente largo y estuve segura entonces de que era para algún puesto de trabajo. Además de la entrevista en publicidad había hecho algunas otras para comercial o dependiente. Me puse tan nerviosa que tiré parte del envase de cartón en mi Smartphone. Pensé que iban a colgar antes de que consiguiera limpiar todo pero, por suerte, quien llamase, estaba interesado en contactarme.

—¿Es usted la identificación 1251? —¿Identificación? ¿De qué me hablaba? Al darme cuenta de que se trataba de la agencia de publicidad pegué un pequeño grito y se me calló el teléfono a la mesa. Oía de fondo la voz de la mujer y lo cogí rápido para seguir escuchando. —Ha pasado la primera fase y quería avisarle de la fecha y hora de la próxima fase.

—Por supuesto. —Esperé no sonar demasiado desesperada aunque la verdad era que lo estaba.

—De acuerdo. Le explico brevemente. —Rebusqué en mi bolso para hallar, tras mucho esfuerzo, bolígrafo y papel. Por suerte tenía la tonta costumbre comprar libretas que me parecían muy monas y necesarias en todas las tiendas de cachivaches a las que entraba. —Tiene que estar a las nueve de la mañana en el vestíbulo de la otra vez. Recuerde llevar el número de identificación. —Agradecí enormemente no haberlo tirado en mi pataleta. —Cuando estén todos. —¿Cuántos seríamos? —Subirán a la planta de arriba donde se les dará una pequeña charla sobre el origen y proyecto de futuro de la compañía. Le recomiendo llevar para anotar. Después harán unas entrevistas individuales y, en caso de que el primer contacto sea positivo, pasarán a una jornada de prueba. —Me dio la sensación de que estaba leyendo lo que decía porque parecía un maldito robot. ¿O es que habría repetido muchas veces el diálogo?

Acepté todo lo que dijo, como no podía ser de otro modo. No pude imaginarme qué otra clase de personas habría en la segunda fase porque, para mí, no tenía sentido que yo estuviera en ella. Ni si quiera respondí todas las preguntas del cuestionario. Pasó por mi mente llamar a Alina pero llegué a la sorprendente conclusión de que, de haber sido seleccionada, y puesto que le dije que yo había respondido sólo locuras, me habría llamado. ¿Se sentiría mal si se lo contase? Decidí no hacerlo, de hecho, ni si quiera tenía la más mínima ilusión de acabar siendo la contratada. Si la primera prueba me pareció una locura, quién sabe qué cosas habría en la segunda.

Pasé lo que quedaba de tarde echa un manajo de nervios corriendo por mi apartamento de un lado para otro preparando distintos conjuntos de ropa posible y repasando información sobre la empresa.

Se había originado de la nada y eso era bastante complicado. El jefe, un hombre bastante joven e intrépido según decía un artículo, era hijo de un magnate de las finanzas que se retiró antes de lo que se esperaba tras un divorcio poco amigable. Al parecer, la madre podría haberle cedido un primer capital inicial al tal Izan Tailor para que empezase su carrera de jefe de publicidad. Pero, el resto, había sido cosa de la creatividad del mismo chico. Consiguió pasar de campañas pequeñas a grandes en un par de meses. La empresa que contrataba a “los lions”, llamados así por hacer referencia al nombre de la empresa de alguna forma, subía sus ventas como la espuma. Era original y atrevido en lo que hacía.

¿Y qué tipo de ropa debía de llevar alguien para encajar en un equipo creativo? Por alguna razón pensé que el traje chaqueta iba a ser demasiado formal. Pero si me vestía más de calle y luego era la única que lo hacía, quedaría mal. Le daba demasiadas vueltas a las cosas.

—¿Y ese es todo tu problema cariño? —Mi madre era una mujer bastante hippie a la que todo le parecía maravilloso. De paso tenía la teoría de que todo pasaba por algo. —Creo que deberías ir como vas normalmente. Si te contratan debería ser por quién eres y no por quién puedes aparentar ser. —Me arrepentí un poco de haberla llamado para consultarle algo tan banal como la ropa. Debí saber

que acabaría dándome una charla espiritual. —Pasa mañana temprano para que te dé un amuleto. —Le fui a discutir, pero era bastante difícil hacerle entender que sus manualidades de energía no me ayudarían. —Es una orden.

—Claro mamá. —Accedí antes de colgarle. No me había ayudado y encima había obtenido una nueva obligación.

El despertador sonó a las seis de la mañana. Tomarse el tiempo adecuado para cada cosa era más que necesario. Ducharse tenía su técnica, desde el exfoliante como primer paso hasta la crema hidratante como último paso. El pelo me gustaba llevarlo totalmente liso. Era de color caoba estándar. No era algo que me diferenciase en exceso pero me gustaba. Me pinté los ojos con una línea negra sobre el ojo para hacerlo más grande. Eran de color miel. Nada así como azul o verde impresionante, pero tenía buenas pestañas.

Me vestí finalmente más acorde con mi voluntad. Primero el vaquero y las esparteñas amarillas. Después desayunaba en sujetador. Era importante que, una vez elegido el vestuario, no se me manchase. Unas tostadas de mantequilla y mermelada de fresa. Un zumo natural que me encargué de exprimir el día anterior. Una pieza de fruta y un café con leche. El desayuno era mi momento del día favorito. Quizá porque, recién levantada, aún no me había enterado de nada malo, ni referido a mí ni al mundo.

Una vez que terminé, lo dejé todo en la pila y me puse la camisa blanca y la americana amarilla. Era un look arriesgado pero, quien no arriesga no gana.

—¡Has venido! —Dijo mi madre conforme abrió la puerta de su casa y me vio. —La verdad, cariño, no te esperaba. —Eso era una total mentira. Sabía que era mi debilidad hacerle caso. Quizá porque sabía que, aunque yo no creía en esas cosas, se preocupaba por mí y le haría más feliz saber que llevaba su amuleto. —Aquí tienes, una orgonita. —Me tendió un collar de cordón negro en cuya punta colgaba una piedra de color lila brillante. Era muy bonito al menos.

—Gracias mamá, seguro que me ayuda mucho. —Le di un beso en la mejilla mientras me tendía una bolsa con un plato térmico para que comiese comida casera. Era realmente adorable.

—Sé que no me crees, pero, la gente proyecta una energía malísima que opaca la luz de los que normalmente brillan. —Asentí con la cabeza antes de salir.

Aún me sobraba algo de tiempo así que pasé por el gimnasio para dejar en la taquilla la comida de mi madre.

—¿Vas a hacer deporte así? —Tom, uno de los entrenadores del gimnasio y un buen amigo tras muchos años de ser cliente, me miró divertido. —No creo que debiera dejarte subirte la cinta con esas plataformas.

—Oh, cállate. —Le empujé juguetonamente. —Sólo he venido a guardar esto. —Señalé la bolsa e inmediatamente entendió que se trataba de cosas de mi madre. —Tengo una entrevista, me voy. — Me chocó la mano en señal de ánimo.

Llegué al edificio y entré en el gran vestíbulo. Después de verlo tan abarrotado el día anterior me sorprendió lo espacioso que parecía. Habíamos cinco personas en total y, a juzgar por la postura de espera, debíamos de ser los candidatos.

Tres hombres, dos mujeres. Más o menos equiparado. Seguíamos siendo más variopintos de lo que pensaba. Uno de traje totalmente formal, otro de pantalón y americana, el último en chándal. La otra chica iba con una falda de tubo y una camisa de flores algo hippie. Yo...bueno...cuando vi el panorama consideré que había elegido bien mi vestimenta.

Los minutos pasaron y la espera se fue haciendo más larga. Por fin apareció una chica, la misma de la primera vez y nos pidió el número de identificación. La seguimos hasta la planta de arriba y tuve que reprimir un suspiro de sorpresa. Era una sala impresionante en cuanto a lujos y decoración. Había campañas producidas por esa empresa por todas partes.

Capítulo 4

Izan

Me costó un poco grabar el mensaje inicial para los cinco candidatos. Decidimos en el equipo que era mejor ponerlo en diferido para poder ver los detalles de sus rostros en la sala de comandos. ¿Qué podía decirles que les explicara cosas sobre la empresa y a la vez me ayudase a ver algo especial en alguno de ellos?

—Esta empresa fue fundada de la nada con el propósito de embellecer los productos de nuestros futuros clientes. Todo se basa en un lema: Único.

Pensaba contar en un primer momento muchas más cosas en el vídeo pero decidí, basándome en una película llamada “El examen”, decir una frase y que se apagara la pantalla.

Los candidatos apenas habían hecho algún gesto cuando el plasma se quedó en negro. Anthony, uno de los miembros con mejor carácter, entró en la sala para dejar un objeto encima de la mesa que había en el centro. Después, tal y como había planeado, le dio un folio a cada uno junto a un bolígrafo y un lápiz para, a continuación, salir.

El chico de la ropa deportiva fue el primero en hacer un movimiento, pero, simplemente, decidió ponerse a dibujar en el folio.

—Amplía la imagen. —Dijo Antonella a Fred que seguía frente al ordenador. Lo hizo. Dibujaba sorprendentemente bien pero nada tenía que ver con el objeto al que no se había acercado. Dibujaba unas nubes y, entre ellas, una bella mujer. —Es muy joven, no sé si sería capaz de hacer lo que se le pidiera. —Volvió a la imagen global.

Los cuatro restantes se acercaron a la cajita cerrada que era el objeto. Fue el de la americana quien se atrevió a abrirlo. ¿Eso era un punto por valentía? Vieron que se trataba de un anillo. En realidad, y aunque no se lo había explicado a los miembros del

equipo, no sabía qué quería que hicieran con el anillo ni era la prueba que tenía pensada, pero, con la visita del día anterior de mi padre, no pude pensar nada mejor. Eso debía ser un punto importante en el nuevo miembro. Tenía que saber distinguir su vida personal de la profesional porque las campañas tenían fecha de entrega y no podíamos permitirnos casi respirar.

La chica de la chaqueta amarilla que emanaba, excepto por el color que vestía, normalidad se sentó de nuevo en la silla. Ampliamos la imagen pero no podíamos ver qué hacía en el folio. Empezó a intrigarme cuando, pasados los minutos siguió escribiendo, porque aquello no podía ser dibujar. Estaba demasiado encima.

Los hombres de traje comenzaron a discutir sobre lo que podíamos querer de ellos y, eso, me hizo torcer el morro. Necesitábamos gente que supiera trabajar y decidir en solitario aunque luego fuera capaz de trabajar en equipo. Hice un gesto y Fred se ofreció voluntario para hacer la parte fea. Su carácter no era muy bueno.

Le explicó a los dos hombres que estaban eliminados pero que agradecíamos su participación. No se lo tomó nada bien el más mayor que amenazó hasta con demandarnos. Le solicitó al joven su dibujo y a la joven su escrito. La otra chica se acercó a Fred.

—Un anillo puede ser algo triste o motivo de felicidad, todo depende del contexto. —Dijo segura de lo que decía. —¿Sabe su jefe que, en publicidad, el tiempo también es dinero? ¿Por qué iba a empezar a diseñar una campaña sin saber lo que quiere el cliente? —Fred asintió y yo, tras las cámaras, también lo hice. Tenía sentido.

—Aquí tienes. —Me dio los papeles aburrido. —Tengo que ir a ver la de la ropa de bebé. —Una campaña importante que habíamos cerrado recientemente. Aunque fuera totalmente contrario a lo que parecía, Fred amaba los bebés ya que acababa de ser padre.

El dibujo, para el poco tiempo que le había dedicado era muy bueno y preciso. Me pregunté si podía venirnos bien que pudiera plasmar ideas rápido e ingenioso.

Un anillo. Una mujer triste. Un anillo. Una mujer contenta. Un hombre, una mujer...Otro hombre...otra mujer....Ella va con ella y él

con él.

Una hada madrina y un campo de flores. Un deseo hecho realidad. Un anillo perfecto para cada situación.

Había un pequeño dibujo de los sexos hechos con anillos. Desde luego sería un buen marketing. La igualdad y el respeto a la diversidad estaban plasmados en una entidad que cada día perdía adeptos.

—Ninguno más merece ser eliminado. ¿Qué buscamos exactamente? —Dijo Antonella sentando su exagerado trasero del que se sentía orgullosa a sus cincuenta años a mi lado. ¿Pasamos a las entrevistas?

—Sí. —Dije escuetamente. No tenía la cabeza para pensar en preguntas ingeniosas o clarificadoras. Sólo podía pensar en la comida con mi padre y su futura mujer. ¿Dónde la habría conocido? No me daba buena espina porque, si llevaban mucho tiempo y no me la había presentado es que no era buena para él y ambos lo sabían. Si por el contrario acababan de conocerse, que era lo que me temía, era aún menos de fiar. ¿Y qué le diría a mi padre?

—¿Me ha escuchado? —No me había dado cuenta de que la chica de la chaqueta amarilla había entrado en mi despacho y se había sentado frente a nosotros.

—Ha dicho que se llama Ingrid y que estudió marketing en esta misma ciudad. —Antonella subrayó más de lo necesario las palabras preguntándome en silencio que dónde tenía la cabeza.

—¿Así que le preocupa un matrimonio? —Me sobresalté y mi compañera también lo hizo. —El anillo invitaba a pensar muchas cosas, pero una de ellas era el miedo. —Se tocaba nerviosa un collar espiritual.

—¿Tiene hijos, está casada? —Antonella se hizo cargo de la entrevista porque yo sólo podía pensar en cómo habría averiguado eso. Tenía, desde luego, buen instinto.

—No y no. —Respondió. —Aunque, si le soy sincera, creo que son preguntas algo tontas. Nada tendría que ver en mi talento si lo tuviera. —Probablemente tenía razón pero yo no era capaz de decir nada.

—Sólo diga una frase más. La que usted quiera. Después puede retirarse. —Yo solía hacer cosas así de espontáneas. Me aburría rápido y necesitaba corazonadas más que explicaciones.

—Es usted perfecto para un anuncio de cereales cero por ciento. —¿Qué? —De esos que en la primera parte te dicen lo malo que están todos menos el que te enseñan. Usted está siendo la cara de la primera parte. Buenos días. —Se levantó y se fue. Aquello sí me sorprendió así que me reí.

—Ha sido ingeniosa y, desde luego, con su actitud estoy de acuerdo. Yo también habría tenido ganas de pegarte. —Ella también estalló en una carcajada.

—Encárgate de las otras dos entrevistas y yo las revisaré por video. —Hizo un asentimiento con la cabeza.

Tenía que irme. Estaba por llegar la hora de la dichosa comida y aún no sabía cómo explicarle que, aquella boda, fuera quien fuese la mujer, era una mala idea.

Capítulo 5

Ingrid

La entrevista no había salido para nada como había planeado. El jefe de equipo, Izan, era un completo idiota. Sólo estaba sentado allí con su traje impoluto y la mirada en cualquier parte menos donde debía. Cuando vi el anillo pensé que era una prueba de imaginación pero, al no darnos más instrucciones, me di cuenta de que se trataba de un asunto personal. Intuición o algo así. ¿Estaría por casarse el susodicho? Lo ignoraba y además me daba igual.

No era que no estuviera de acuerdo con el hecho de que hicieran entrevistas poco convencionales. Podía imaginar que, intentando cubrir una plaza de publicidad de ese estatus, tenían que ver algo diferente en la persona que contratasen, pero yo, además de creativa, era lógica y no podía seguirle los pensamientos a ese hombre. ¿Los otros lo habrían hecho mejor? Intenté quitármelo del pensamiento. Era mejor no pensar en ello aunque, si era sincera conmigo misma, no me daba la impresión de que alguno de ellos hubiera entendido otra cosa distinta a lo mío. Quizá el chico del dibujo, que debía tener uno veinticinco años, dos menos que yo, tenía talento como dibujante, había podido comprobarlo, pero eso no significaba, necesariamente, que fuese buen publicista.

—¿Tía, dónde estás? —Clarisa había tenido a bien enchufarme en el hotel de su padre en cuanto la llamé y le expliqué que, finalmente, no encontraría trabajo de lo mío. —Mira, Tom está a punto de venir a por mí así que te dejo el uniforme en mi taquilla, es la 512. La encargada se llama Judith, sabe que vas de mi parte. Suerte. —Era una buena amiga aunque fuese un poco alocada. Sabía que trabajaría allí el tiempo estrictamente necesario hasta encontrar algo mejor y aún así le parecía bien. Ella había tenido la suerte de que su padre fuera un señor importante. Trabajaba para él pero, en realidad, daba igual si hacía sus tareas mal o bien.

Llegué al hotel céntrico intentando llenarme de buena energía. Toqué la orgonita que me había regalado mi madre. Quizá sí que debía proyectar más positividad. Lo intentaría en este trabajo, Quería seguir siendo independiente, volver a casa podría hacer que me volviese loca. Adoraba a mi madre, pero Ágata era una mujer que adoraba hacer reuniones exotéricas y espirituales con gente que no casaba para nada conmigo. Si ella era feliz creyendo en que todo fluye y nada influye estaba bien, pero yo tenía que vivir en mi tranquilidad organizada.

En la taquilla, tal y como había dicho Clarisa estaba el uniforme. Teníamos más o menos la misma talla y sólo me apretaba un poco en la cadera, ya que ella era un poco más estrecha, y en el pecho ya que le sacaba un par de tallas. Para empezar de inmediato ese día tuve que aceptar llevar el suyo. Respiré hondo antes de buscar a Judith que resultó ser una soviética alta, mayor y de muy buena presencia. No era excesivamente simpática pero trabajaba de forma excelente.

—No somos camareras. —Dejó claro viendo que miraba la zona del restaurante con un poco de horror. —Nos encargamos de preguntar qué quieren o necesitan pero no cogemos platos ni bandejas. —Eso era un alivio porque yo, de equilibrio, no iba sobrada.

—Bienvenidos al hotel, ¿saben ya que van a tomar? —A mi me sonaba a que eso era lo que hacía una camarera, pero si le querían dar caché al trabajo, por mí estaba bien.

—Tú. —Casi me atraganté cuando el único hombre que estaba de espaldas, frente una pareja un tanto extraña, se dio la vuelta. Era él. Izan. El jefe de equipo. —¿Trabajas aquí? —Respiré hondo intentando decidir qué hacer. Me podía haber ido corriendo pero entonces habría perdido el trabajo.

—Sí. —Dije escuetamente tragándome la mala leche. —¿Su prometida? —Le pregunté viendo a la joven y hermosa chica rubia que estaba sentada al lado del que debía ser su padre.

—La de mi padre. —Quise que me tragara la tierra en aquel preciso instante. —¿Ingrid, verdad? —Parecía ignorar las caras de sorpresa de los otros dos. —Esta tarde no trabajará si hace el turno

de la comida. —Negué con la cabeza ante su afirmación. —La espero en la agencia cuando termine. Dejaré su nombre en el escritorio de mi secretaria para que te permita entrar. Hablaremos entonces. —No dijo nada más dando por zanjada la conversación.

Me alejé de la mesa e hice algo de lo que, probablemente, me arrepentiría. Me fui del hotel. ¿Por qué había hecho eso? Que me hubiera dicho que fuera a la agencia no significaba, ni de lejos, que me fuese a contratar, pero era un buen indicio.

Rechacé de camino a casa las llamadas de Alina, seguía sin hablar con ella cuando, normalmente, hablábamos cada día. Debía de zanjarse primero el tema de la empresa. Éramos muy amigas y parecía que la estaba traicionando pero, sencillamente, no quería explicarle hechos que, ni yo misma entendía.

Capítulo 6

Izan

No podía ser. Nada más llegar al restaurante vi a mi padre sentado junto a una mujer que bien podría ser por imagen una modelo y por edad su hija. Estuve a punto de armar un escándalo directamente pero me contuve.

—Hola, papá. —Se levantó efusivo y me dio un abrazo con varios golpecitos en la espalda. No se podía negar que se le veía feliz, pero no le duraría mucho. Calculé que le duraría más o menos el tiempo proporcional al dinero que tuviera. —¿Todo bien? —Intenté ser educado y no dedicarle mi mirada fría a la chica.

—Esta es Samanta. —Ella se levantó y me dio dos besos antes de volver a sentarse. El ambiente se quedó helado entre nosotros. Ellos en un lado y yo en el contrario. Esperaba que mi padre no intentase que fuese yo quien rompiera el hielo, tenía que ser él quien dijera algo, pero se quedó callado durante lo que me pareció una eternidad.

—Entiendo tu reticencia, Izan. —Dijo Samanta de repente pillándome desprevenido. —Sé que soy bastante joven y que puedes pensar que tu padre y yo no debemos de tener muchas cosas en común, pero he tenido una vida algo dura y nos ha unido. —Fui a hablar pero me contuve.

—Sí. —Dije escuetamente. —¿Dónde os conocisteis? —En mi mente rebusqué las preguntas que eran normales según el protocolo social.

—En el casino. —Ahí noté su juventud y hasta tuve algo de remordimiento. Vi a mi padre darle un apretón suave en la mano, imaginé que a modo de ánimo.

—Me alegro mucho de que hayáis encontrado en el otro un.... — Medí muy bien mis palabras. —Apoyo. Pero creo que deberíais preparar con más tiempo el enlace. —Esperé que no sonase muy brusco pero, por sus caras, no lo conseguí.

—Bienvenidos al hotel, ¿saben ya que van a tomar? —Esa voz entró en mi cabeza repentinamente haciéndome mirar a la chica que acababa de llegar a tomarnos nota.

—Tú. —Era ella. ¿Ingrid? Sí, así se llamaba. ¿Sería encontrarla ahí el pálpito que necesitaba? —¿Trabajas aquí? —Vi en sus ojos que se sentía acorralada. No quería que saliera corriendo de allí.

—Sí. —Dijo con mala cara. —¿Su prometida? —Me preguntó haciendo con un gesto de cabeza hacia Samanta. Entendía su confusión.

—La de mi padre. —Se azoró visiblemente haciendo que su cara se enrojeciera —¿Ingrid, verdad? —Sí, debía de ser un pálpito haberla encontrado el mismo día justo después de hacer las entrevistas. No la dejaría escapar sin probarla. —Esta tarde no trabajará si hace el turno de la comida. —Negó lentamente. —La espero en la agencia cuando termine. Dejaré su nombre en el escritorio de mi secretaria para que te permita entrar. Hablaremos entonces. —Esperé a que contestase pero sólo asintió y se fue. Hubiera dicho que tenía más prisa de la que debería.

Llamé a la empresa con la convicción de que los otros dos candidatos habían hecho también una buena y creativa entrevista. Me decidí. Contrataría a los tres por un mes. Los probaría desde dentro.

Al llegar al edificio noté un revuelo más intenso de lo habitual en las mesas de los miembros.

—Nos ha llegado un proyecto enorme. —Gritó Antonella en cuanto me vio. No podía creerme que hubiera tanta bulla por un nuevo proyecto. Íbamos apretados con la agenda de plazos, pero lo conseguiríamos. —No lo entiendes Izan. —Me agarró del brazo obligándome a detenerme. —Se trata de *Invictus Sports*. —Aquello sí que me hizo entrar en shock casi tanto como al resto del equipo. Todo el mundo conocía esa marca. Era la primera en la lista de cualquier cosa referida con los deportes. Desde gimnasios hasta ropa deportiva. Sería un contrato genial. Nos daría una banda ancha en cuanto a lo que podíamos gastar. Podía ser otra oportunidad de lucir nuestro talento. Además, se trataba de una compañía de

deporte a nivel mundial. Podía ser una oportunidad para abrir la puerta a otros mercados publicitarios.

—Ya están aquí los nuevos. —No era el momento pero les había convocado a todos ellos allí. Y, con esa nueva campaña, no tendría tiempo ni de evaluarlos ni de explicarles nada. —¿Les hago pasar?

—Sí. —Todo el equipo, el cual componíamos originariamente Antonella, Anthony, Fred, Asia, Tristán y yo mismo, nos sentamos alrededor de la mesa de cristal de la sala de reuniones. Al instante entraron las dos chicas y el dibujante. Les hice un gesto para que tomaran asiento. Se les dio una libreta como al resto aunque dudaba de que supieran qué tenían que hacer.

—Lo primero, bienvenidos. Lo segundo, no hay tiempo para bienvenidas. —Sabía que les había pillado desprevenidos pero, mi prioridad, era ver qué nos habían pedido *Invictus Sports*. Así tenía que hacer directamente la reunión de exposición de nuevo proyecto. —Antonella, quiero detalles. —Me recosté en el asiento para escuchar mientras cerraba los ojos. Era una costumbre algo extraña pero quería tener una primera imagen en mi cabeza.

—*Invictus Sport* tuvo su última campaña hace un año. Se trató de su nueva tiro de gimnasios. Fue todo un éxito aunque un treinta y tres por ciento de las personas que se sometieron a encuestas sobre el tema posteriormente declaró que no se acordaba de qué era la campaña. —Puso un análisis de esas encuestas en el proyector iluminado. —Es decir, la campaña triunfó por la compañía que era mucho más que la publicidad que se le dio.

—¿Y eso repercute en nosotros de alguna forma? —Pregunté viéndome venir algo malo.

—De la peor forma posible. —Vaya. No me pude ni preocupar por los nuevos. Necesitábamos esa campaña. —No somos a los únicos que se lo han pedido. —Mierda.

—Tenemos que hacer una precampaña. —Dijo Antonella poniendo imágenes de equipación deportiva de alto riesgo. —Tenemos dos semanas para entregarla. —Se sentó dando por finaliza la primera explicación.

—¿Cómo lleváis los proyectos actuales? —Dije quitándome la chaqueta del traje mientras empezaba a ponerme algo nervioso. —

¿Quién puede trabajar conmigo en la campaña? —Nadie, absolutamente nadie, levantó la mano haciendo estallar mis mayores temores.

—Estamos desbordados. —Dijo Anthony hundiéndome aún más. —Tenemos las fechas de entrega a la vuelta de la esquina. Estamos haciendo ya más horas de las que podemos, Izan. —Le hice un gesto con la mano amablemente. Lo entendía.

—Vale. Volved a lo que hay que hacer entonces. —Abandonaron la sala y sólo entonces me di cuenta de que me había quedado con los tres nuevos miembros sentados mirándome con los ojos desconcertados. —Bien, nos ha venido muy bien vuestra presencia porque, como veis, no tengo equipo. —Decidí que tendría que llevar una locura adelante. Tendría que sacar la campaña más importante de la empresa con un equipo totalmente nuevo. Arriesgar era poco para lo que íbamos a tener que hacer.

Capítulo 7

Ingrid

Estaba flipando, literalmente. Acababa de llegar cuando descubrí que estaban dos de los otros entrevistados allí. ¿Pretendían que nos encargáramos de un proyecto nada más llegar como si ya fuésemos un equipo?

—Estupendo. —Dijo entonces la otra chica cuyo nombre era Elvira. Parecía entusiasmada. Por su atuendo y su buen humor deduje, aunque que quizá me equivocaba, que se trataba de una chica de energías como era mi madre y aquello me ponía muy nerviosa. —¿Por dónde empezamos?

—Esa es la actitud. —Dijo Izan señalándola. —Empecemos por conocer el producto. Cada uno puede ir a uno de los puntos donde se vende o comercializa algo de la marca. Ya habéis oído a Antonella, tiene que ser algo único.

A la mañana siguiente me tocó ir a ver qué había dentro de una tienda deportiva. Había tenido suerte de tener una genética buena y no engordar porque no solía hacer nada de deporte. Entrar allí fue para mí como llegar a una nave extraterrestre. Debía de ser evidente que me hallaba perdida porque uno de los dependientes de la tienda se acercó a ver si podía ayudarme en algo.

—En realidad necesito saber qué se siente amando el deporte. —Me salió sólo aunque, al instante, me dio vergüenza cómo había sonado. —Perdona, intento hacer un artículo. —Mentí un poco porque no quería que llegara a los oídos del jefe que estaba visitando sus instalaciones. Pese a que era normal cuando se iba a hacer un proyecto, al desconocer cuáles eran exactamente los competidores, preferí irme por las ramas. —Soy periodista y me han encargado un artículo sobre deporte pero no tengo ni idea.

—Tengo tiempo. —Me sonrió en exceso y me pregunté si estaba mal aprovecharse un poco de la evidente química que había entre nosotros. —¿Por dónde quieres que empiece?

Rodrigo, resultó ser un chico extraordinariamente hablador. Sabía prácticamente todo lo había que saber sobre deportes, aunque lo cierto era que fue como si me hablara en chino. Decía cosas acerca de lo apasionante que era tirarse por tirolinas, hacer parapente o atreverse con la escalada. Entre todo aquello que ni de broma pensaba hacer nunca dijo algo que llamó mi atención. *“El lema de invictus sports siempre es la experiencia límite, la sensación única”*

Hice unas anotaciones en mi cuaderno sin ninguna idea clara. Quizá era una de las personas menos apropiadas para ese proyecto. No solía hacer deporte y tampoco entendía demasiado del tema. Pero no tuve otra opción que asentir e ir a investigar para volver a la oficina. Si hubiera llevado ya más tiempo en la empresa, seguramente, le habría explicado a mi jefe que ese proyecto no iba para nada conmigo y que podía enviar a alguien mientras yo me ocupaba de otras cosas. Por desgracia para mí misma era mi primer día en la empresa y no tenía ni voz ni voto.

¿Cómo era posible que en una empresa líder en publicidad estuvieran tan desbordados como para tener que darle a los nuevos una campaña tan importante?

—¿Esto es lo que me traes después de toda una mañana recorriendo gimnasios? —Izan estaba gritando a la otra chica nueva, Elvira, quien tenía cara de querer echarse a llorar. —No me vale. —Tiró los papeles sobre el escritorio de malas maneras.

—¿Qué traes? —Dijo mirándome. Estuve a punto de darme la vuelta y evitar que me gritase porque lo que yo llevaba era una verdadera mierda. —¿Qué es esto? ¿Crees que puedes presentarme esto? —Preguntó elevando un poco más la voz. Con aquella forma de tratar a los empleados, conmigo, iba a llevarlo claro.

—Mira, Izan. —Dije sin cortarme lo más mínimo. —Quizá tú que, evidentemente tienes recursos y, por lo que puedo ver, buen cuerpo. —Elevó las cejas ante mi inusual información. —Estás acostumbrado a hacer deporte. Entre ellos imagino que te podrás permitir acciones extremas, pero, las chicas como nosotras no vamos por ahí haciendo rapel ni nada por el estilo. —Me senté en la silla dejándome caer. Yo no era como los demás, y no era que no

quisiera el puesto, era que, a esas alturas, yo no me dejaba pisar por nadie.

—Tienes razón. —Sus palabras sí consiguieron sorprenderme e incluso Elvira hizo un pequeño gritito bajo de incredulidad. —Nos vamos de actividades, seguidme. —Avisó también al chico dibujante, Edwin—

¿Dónde íbamos? El jefe consiguió sorprendentemente rápido un vehículo. Un todoterreno de color granate algo cantoso para mi gusto. No nos dijo en ningún momento a dónde nos dirigíamos y me pregunté si Izan estaba mal de la cabeza. Parecía bipolar.

Tardamos lo que me pareció una eternidad en llegar a la misteriosa parada.

—¿Dónde estamos? —Por suerte para mí fue Elvira quien se atrevió a preguntarle al feje que parecía inmerso en teléfono móvil. Me hubiera gustado tanto saber qué estaba haciendo.

—Yo os contaré todo lo que necesitáis saber en su momento justo. —Le seguimos fuera del todoterreno mientras un hombre mayor le sujetaba la puerta y le cogía las llaves. No fue hasta que andamos un poco más que caí en la cuenta de que nos encontrábamos en un helipuerto. —Suhan os proporcionará uniformes adecuados. Os espero en el helicóptero. —Dijo señalando a una mujer vestida de militar que se acercaba hasta nosotros.

¿Qué era todo aquello? ¿Era parte de algo que quería que viéramos sobre *Invictus*? Quizá sólo se le había terminado de ir la cabeza al ver que no sacaríamos una precampaña decente a tiempo.

Fui la última en subirme al helicóptero. En primer lugar porque la especie de traje de neopreno que nos habían hecho ponernos, era una ridiculez. En segundo lugar porque nunca había montado en un helicóptero. Las alturas no eran para mí de ninguna manera. Donde no tocase con mis pies sobre el suelo era que no había sido hecho para mí. ¿Qué era un poco atípico en una publicista que se suponía que había hecho marketing internacional no querer viajar en ningún método que no fuese tren o coche? Sí. Pero daba igual.

—¿Puedes subirte? —Elvira me lo dijo en un tono amable pero con cara de preocupación. Quizá se debía a que el jefe tenía cara

de pimienta asado o pepino agrio. ¿Siempre estaba de mal humor?

—Sólo es un momento, Ingrid. No hay ni una hora entera de viaje. —Dijo Izan chasqueando la lengua hasta que, finalmente, me subí.

Fue una mala idea. Muy mala. Me agarré con ambas manos al asiento de cuero y, posiblemente, dejé alguna que otra marca. Cuando en mitad de la conversación Izan mencionó que el helicóptero era de su propiedad no tuve ninguna pena de pensar que podría haberle roto de algo de ese catastrófico aparato volador. —Ya hemos llegado. —Miré por la ventana. ¿Dónde habíamos llegado? Allí abajo había una cordillera nevada que, sin lugar a dudas, era preciosa. Sí. Podía llevar razón. Ver naturaleza nos había inspirado. No había sido tan mala idea sobrevolar aquello. —Ahora es hora de saltar.

—¿Qué? —Grité sin contenerme lo más mínimo. —¿Cómo que saltemos? —Me dio un paracaídas y esperé a que me dijera que se trataba de un error de entendimiento.

—He pensado que estaría bien vivir un par de experiencias que nos acerquen a la pasión deportiva de los creadores de *Invictus Sports*, de hecho, la idea me la diste tú, Ingrid. —Yo no había hecho tal cosa.

—No lo haré. Estás loco si piensas que vas a abrir esa puerta y yo me tiraré voluntariamente a ese pedazo de nieve. —No era capaz de calmarme. ¿Cómo se entraba en la cabina del piloto para decirle que aquello se trataba de un secuestro?

—Lo harás porque soy tu jefe y te digo que es una experiencia sin la cual no sacarás la campaña adelante. —Lo dijo sin más, con su rictus serio de estar convencido de lo que acababa de decir. ¿Qué se había fumado antes de subirse allí? ¡No podía obligarnos!

—Ni de broma, jefe. —Antes perdía el empleo. No iba a morir por un trabajo en el que ni si quiera tenía asegurado un puesto.

Capítulo 8

Ingrid

—Tampoco es como si tuvieras otra opción. Es parada única. —
Se río y yo solo pude mirar a Elvira esperando que se resistiera al
igual que intentaba hacer yo.

—¿Es un mecanismo seguro, verdad? —Para mi desgracia Elvira
estaba dispuesta a quedarse el puesto aunque le costara la vida.
Veía más allá de lo que ella quería enseñar. Era la típica empleada
modélica que haría lo que fuese necesario para destacar como una
estrella.

—Por supuesto. Estamos justo encima de una explanada de
nieve extensa donde no habrá ningún problema para aterrizar. No os
agobiéis si el paracaídas os cae encima que si no os enredáis en las
cuerdas. Hay un equipo abajo para ayudaros. —Aquello sería un
consuelo si es que estuviera de acuerdo con tirarme pero no haría
un acto suicida por sus cojones.

Lamentablemente Edwin ya había hecho anteriormente esa
actividad y saltó el problema sin que se le oyera protestar lo más
mínimo. Para colmo gritó emocionado mientras descendía. ¡Era una
locura! Elvira tardó un poco más. Se la veía aterrorizada pero
probablemente prefería hacerse una herida y echarse
voluntariamente limón en ella antes de defraudar al dichoso jefe.
Izan estaba sonriendo como un cínico. Estaba loco. Quizá el dinero
producía ese efecto. O quizá fuera el disgusto porque su padre se
casara con una chica joven. No había podido eliminar de mis
pensamientos ese encuentro tan incómodo. En ocasiones era mejor
cerrar la boca pues en boca cerrada no entran moscas. ¿Qué haría
una chica tan guapa como esa con un señor que, sin estar del todo
mal para su edad, podría ser su padre? Podía entender su disgusto
pero eso no debería ser motivo para que quisiera reírse a nuestra
costa.

—Te toca. —Me observaba divertido sentado aún en el asiento
ya preparado con las gafas y la mochila colocada a su espalda. —

¿A qué esperas?

—No lo voy a hacer por razones obvias. —Ante su levantamiento de cejas me vi en la obligación de chasquear la lengua cansada. —No me gusta el deporte. ¿Te habías planteado esa posibilidad? Claro que no. Izan es “el león” de la publicidad, ¿verdad? Pues no voy a saltar. No puedes obligarme. —Eso último lo dije gritando, como si cuanto más contundente fuera mi voz más posibilidades hubiera de que esa puerta no volviera a abrirse.

—Bien, viendo que no hay más remedio. —Se acercó a mí y empezó a desenganchar mi mochila. —Tienes razón. No puedes saltar. —Por fin un poco de coherencia. —Sola al menos. —No pude reaccionar antes de darme cuenta de que había enganchado algo a mi mochila y que, entonces, estábamos unidos. Abrió la cristalera y, literalmente, nos tiró a ambos.

—Nooo. —Grité todo lo que pude mientras caíamos. Una vez que se abrió su paracaídas y yo colgaba de él como un saco tuve ganas de abofetearle pero, como no quería morir, decidí contener todas las cosas que pensaba decirle para cuando tuviera mis apreciados pies en tierra.

—Seguro que tienes los ojos cerrados. —Oí entre el viento su voz y, si hubiera podido, le habría pateado la entrepierna.

Noté mis rodillas frías tras terminar el aterrizaje. Era lo que tenía la dichosa nieve, que era extremadamente fría. Razón por la cual jamás elegía destinos nevados para mis vacaciones. Sabía que existía gente que adoraba hacer esquí y los teleféricos pero no era, ni sería, mi caso.

—Ya te han quitado de encima las cuerdas. —Abrí los ojos y vi a Elvira tendiéndome la mano. Estaba toda mojada. Me recordaba a un caniche recién salido de la ducha. —Ha sido una locura, pero estamos bien. —Su optimismo era desquiciante.

—¿Cómo se te ocurre tirarme así sin mi consentimiento? ¡Ni si quiera tengo hecho el testamento pedazo de burro! —No es que hubiera olvidado que se trababa de mi jefe era más bien que quería que dejara de serlo en ese instante si ese iba a ser su plan de trabajo. ¿No decían de los publicistas que eran unos vagos de oficina? ¿Dónde había quedado esa genial idea?

—Si queremos hacer una buena precampaña creo que tenéis que vivir experiencias *Invictus*. —Se quedó tan ancho con la contestación escueta que tuve, de nuevo, ganas de patearle.

—Deduzco de eso que tú, señor luchador, ya has tenido esas experiencias. ¿No sería más útil que nos las contases en vez de hacernos perder el tiempo y, de paso, el ánimo?

—No sería el mismo efecto. —Quise estrangularlo. —Después de estos tres días será imposible que no ganemos esa campaña.

—¿Qué tres días? —Me acerqué a él de un pedazo salto preparada para comerme cualquier cosa que dijera. —Nos vamos a la de ya, ¿verdad? ¿Es alguna clase de broma? —La ansiedad empezó a aparecer en mí sin poder evitarlo. No sabía de que hablaba pero yo estaba dándome la vuelta ya buscando a alguien sensato que me dijese dónde estábamos y cómo volvía a la ciudad.

—Puedes buscar todo lo que quieras. —Dijo a mi espalda sacándome de mis casillas. —Pero sólo hay equipo mío por aquí. Y la única forma de bajar es terminando el recorrido.

—¿Es una broma o alguna clase de trastorno mental? —Me di la vuelta furibunda. No tenía ningún derecho a exprimir mis nervios como si fuese una naranja para hacer zumo.

—Tranquila. El recorrido incluye las noches en cabañas decentes. Con agua caliente y todo. —Sonríó y sentí que quería que se rompiese algún estúpido bloque de hielo bajo sus pies para que se helara de pies a cabeza. ¡No me gustaba la aventura!

—Me voy. Claro que me voy. —Eché a andar con tan mala suerte que me resbalé y caí unos cuantos metros colina abajo. Odiaba a Izan. Mucho.

—¿Ves? Si no te estás quieta. —Dijo muy cerca de mí ayudándome a incorporarme. —Te vas a hacer daño. No dudo de que bajar la colina como una croqueta sea una mala idea, pero, desde luego, no es el mecanismo que la gente suele usar. —Me señaló unos esquís para que yo asintiese y negase rápidamente con la cabeza. ¡Eso era una locura! —Te explicarán como se usan.

—No me explicaran nada porque antes meto la cabeza en el horno. —¿Por qué me había tocado ser la fuente de su diversión?

—Es súper gracioso dibujarte. —Fue lo primero que dijo Edwin en el viaje y nos mostró unas caricaturas que, según él, me representaban. Otro idiota.

—Estaría bien, Izan, que dibujases algo productivo y utilizable para la campaña. —¿Así que sí le importaba algo ese cliente? No lo parecía. Elvira, aunque intentase que pareciera lo contrario, tenía dibujado en su rostro que odiaba el deporte de riesgo y aventura tanto como yo. Sólo iba a conseguir que, en cuanto pudiésemos, nos fuéramos de allí. —Andando.

Le seguimos porque, básicamente, no teníamos otra opción. Fui la última en utilizar los esquís. Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para que mi cabeza no pensase, tal y como siempre había hecho, que si me tiraba por ahí con esos dos palos larguísimos pero estrechísimos me mataría. Al llegar abajo me caí de culo sumando un golpe más para mi anuario.

—¿Y ahora qué? —Pregunté mientras un chico del equipo técnico me quitaba los utensilios. —¿Metemos la cabeza en un tanque de hielo? —Me miró con cara de felicidad. —Era una puta broma.

—Ahora vamos a descansar y a las cinco seguiremos el recorrido. Nos vemos todos en el rocódromo que hay cuesta abajo tras pasar las cabañas. —Era tan entusiasta.... ¿No podía entender que no todos nos dedicábamos a vivir el deporte? Y mira que yo no estaba gorda ni mucho menos, pero era una chica normal sin pasión especial por el fitness.

Me metí en la cabaña que, por suerte, era individual. No pensaba salir de allí para bajar de ningún modo raro y extravagante. Aprovecharía la soledad para llamar a mi madre y que mandase a alguien a buscarme. Sería el mejor taxi carísimo que hubiera pagado.

—¿Y estás en mitad de un recorrido de aventuras? —Se descojonó al otro lado de la línea haciendo que me indignase. ¿Me estaba escuchando? —Aprovecha y vive la experiencia. Si el destino te ha llevado hasta allí quizá quiera que veas...

—No. —La corté de golpe. No me iba a dar una charla espiritual en aquel momento tan inoportuno porque...si de normal tenía poca

paciencia con el tema, en aquel instante podía mandar sus chacras tanpreciados al mismísimo infierno. —Manda a alguien a recogerme. O llama a la policía. Estoy aquí totalmente en contra de mi voluntad. —Volvió a reírse haciéndome perder la poca calma que tenía. —¿No puedes ayudarme, sin más, mamá?

—Claro hija. —Por fin. —Y creo que lo mejor para tu espíritu en este momento es estar allí. Quizá te venga bien tener contacto con tu parte sensible junto a los parajes naturales. —Me colgó. Apunté en mi agenda electrónica matarla dentro de tres días. En cuanto llegase de nuevo.

Me tumbé en la cama tras darme una ducha tan caliente que mis huesos se recomfortaron y mis músculos se dilataron. Odiaba el frío, si todavía hubiera sido un recorrido de montaña seca... Bueno, tampoco. No quería estar allí y punto. ¿Estaría siendo infantil? Era posible.

Unos golpes en la puerta me sacaron del sueño profundo en el que había caído. Me acerqué aún en alboroz al pomo y abrí. Izan.

—Te estamos esperando en el rocódromo. —Me echó una mirada algo atrevida de arriba a abajo. —Y tú estás... Sin vestir. — Terminó la frase tras tragar saliva.

Capítulo 9

Izan

A las cinco en punto me planté en el rocódromo más allá de las cabañas. Era una persona alocada en cuanto a las actividades que me gustaba practicar y serio en todo lo demás. Era extremadamente puntual y no me agradaba la gente que no lo era. Elvira y Edwin estaban ahí plantados. Edwin no soltaba su cuaderno y un carboncillo tras sentarse apoyado en el tronco de un árbol. Tenía talento para el dibujo, de eso no tenía duda alguna después de ver lo precisas que le quedaban incluso las caricaturas, pero, todavía estaba por ver si valía para un trabajo serio, con plazos y peticiones específicas. Parecía, a ratos, demasiado disperso.

A mi lado, de pie y erguida, estaba Elvira. Iba con el traje que le había facilitado el equipo para el rocódromo. Desde luego, era una mujer dispuesta a hacer lo que su empresa le pidiese pero veía en ella poco carácter y la buena publicidad también era cuestión de hacer caso a los impulsos.

A las cinco y cinco no aguanté más. Resoplé mientras caminaba a paso ligero hasta la cabaña que le había tocado a Ingrid. Sus contestaciones me dejaban sin nada que decir y eso, me parecía increíblemente bueno para su perfil de publicista. Tenía que conseguir que quisiera quedarse porque, a malas, tampoco creía que se le pudiera ocurrir una idea factible. Más bien podía imaginarme mi cabeza rodando por la ladera de nieve tras una patada suya en mi cabeza. Me sorprendió que me dijese que no le gustaba el deporte porque, a simple vista, yo hubiera dicho que se cuidaba. Tenía buen cuerpo. Toqué la puerta de su cabaña esperando que, al menos no estuviera durmiendo.

—Te estamos esperando en el rocódromo. —Seguía en albornoz. Me pareció evidente que no tenía pensamiento alguno de hacer el recorrido. ¿Qué le podía decir para despertar esa llama? ¿Tocarle su orgullo para que lo haga por rabia? ¿Decirle que así tendría más posibilidades de quedarse? —Y tú estás... Sin vestir. —Suspiró tan

fuerte que su pelo se movió en respuesta. Era una chica tan normal y a la vez tan inusual.

—Voy a ir. —Subió el dedo para apuntarme provocándome una sonrisa. —Pero sólo porque mi madre ha insistido en que será bueno para mi espíritu pero, te advierto, que si me rompo algo, tendrás que hacerme directamente indefinida. —No pude evitar quedarme sonriendo un instante. —Venga, sal de aquí. —Me echó sin tacto alguno. —Si no me pongo la ropa que han dejado antes aquí no iremos a hacer pronto ninguna estupidez más. —Ahí sí que me descojoné abiertamente.

—¿Va a venir, verdad? —Elvira se rascaba las palmas de forma nerviosa. Ese gesto podía haber pasado desapercibido para mucha gente, pero no para mí. La entendía. Tenía esa dualidad de voluntad de querer que Ingrid viniese porque así la aventura, quizá, se le haría más fácil ya que ella parecía agradarle. Y por otra parte, tenía una pequeña esperanza de que ella se retirase, seguramente, para que su puesto en la empresa fuese más seguro.

—Ya estoy aquí. Stop las drama Queens. —Sus ojos me dedicaban odio profundo y eso me parecía muy divertido. —¿Qué hay que hacer ahora, querido jefe? —Me preguntó mordaz.

—Pues, queridos empleados, ha llegado el momento de hacer escalada en el rocódromo. —Señalé la gran pared semi natura. Algo así como rocas de verdad dispuestas a modo de mosaico. —Se trata de subir y bajar por el lado contrario. Conforme vayáis pasando ir preguntándole al equipo cuál es vuestro siguiente traje y cambiaros. —Dije colocándome en último lugar el arnés.

—Esto parece una fiesta de disfraces. Quizá ponga payasos en la campaña. —Le ordené por lo bajo al monitor que ella fuese la primera. Era la que más problemas podía dar. Subió más rápido de lo que cabía esperar. ¿Me habría mentido en cuanto al deporte? Por su rostro de enemistas no lo quería. —¡No tardéis un siglo! ¡Quiero irme a mi casa! —Gritó desde el otro lado del rocódromo. Tenía incontinencia verbal.

Nos tendieron bebida isotónica con sales minerales tal y como había planeado. Tampoco era cuestión de reventar al equipo antes de tiempo.

—Después de la siguiente actividad hay otras cabañas. El número de habitación es el mismo que en la parada anterior. A las nueve en punto. —Miré en mi inciso con intensidad a Ingrid para que se diera por aludida. —Quedaremos en el cenador que hay en el centro de las casetas. No tenéis que traer nada. Allí habrá cena y material para investigar qué propuestas tenemos después de este primer día de actividades Invictus. —Sólo esperaba que estuviera sirviendo para algo porque, aunque me lo pasaba bien, no tenía ni un segundo que perder.

—¡Ni de broma, jefe! —Gritó como esperaba Ingrid girándose primero hacia mí y después hacia Elvira buscando apoyo. Ella tampoco tenía muy buena cara tras mirar la balsa en la que tenían que montarse para bajar los rápidos. —¡Eso sí que no! Ni si quiera creo que pueda con todos nosotros. —Había algo en su tono de voz histérico que me producía risa aunque, quizá, lo lógico era que la hubiese reprendido o eliminado de mi empresa. A veces, yo era una persona de intuiciones y no de razones.

—Evidentemente no cabemos todos, iremos por parejas. Vosotras dos y nosotros dos. —Me habría encantado ver la cara de Ingrid y la de Elvira al caer totalmente horrorizadas pero necesitaba, a la vez, conseguir acercarme a Edwin y descubrir qué potencial había bajo esa apariencia tan despreocupada.

—Me encantan estas mierdas tío. —Dijo cuando estuvimos solos. Tardamos más de lo necesario en comenzar la actividad pero las chicas gritaban al intentar subirse a la balsa y ver que se tambaleaba bastante. ¿Habrían llegado sin caerse abajo? Esperaba que sí porque, de no ser así, me esperaba de nuevo una bronca.

—¿Las has hecho antes verdad? —Gritó que sí mientras nos subíamos. —¿Te surge entonces alguna idea para la campaña? —Deseé que dijera que sí pero, por el contrario, contrajo la expresión. —¿Qué dibujabas antes? —Pregunté cansado. Era como un niño.

—Caricaturas. —Apretó su mano alrededor de la cuerda de agarre. —Haré un buen trabajo. Dijo cuando llegamos al final de la bajada. Quizá se había dado cuenta de mi cara de decepción. Era buen dibujante y no lo podía poner en duda pero...no podía presentarle a Invictus Sport caricaturas sobre sus actividades.

Apunté mentalmente pedirle que me enseñase esos bocetos durante la noche de trabajo porque tenía que conseguir vislumbrar entre su trazo, su habilidad para ver si compensaba la gran paciencia que tendría que desplegar con él.

—Descansa. —Golpeé con una palmada su espalda. —Trae el bloc de dibujo a la cena. —Asintió y se perdió tras la puerta de su cabaña.

Era la primera noche de actividades y sería decisiva. Tenía que tomar un buen baño para prepararme para otra adversidad en el camino porque aquella campaña no iba a ser fácil. Las demás empresas desplegarían a sus equipos y aunque mi nuevo personal fuera capaz, cosa que estaba por ver, los suyos eran profesionales experimentados.

Aproveché la soledad para llamar a Antonella. Al menos el resto de proyectos iban bien y seguían en marcha. De hecho, Fred había conseguido que nos aumentaran el presupuesto de la campaña de ropita de bebé. Se le daba bien a pesar de lo serio que era.

—Oye Izan... —Le noté la voz algo dubitativa y eso era raro en ella. ¿Qué pasaba? —Tu padre ha venido a la empresa. —Antonella no era mi secretaria pero, a veces, la pobre actuaba como tal. ¿Por qué? Pues porque no me gustaba darle el poder de mi agenda y mis actos a alguien que no conocía. Tenía secretaria pero para tratar ciertos asuntos como los familiares prefería no autorizarla. —Quiere hablar contigo sobre su... chica. —Ay, joder. Parecía lógico que él presumiera de su nueva novia y futura mujer pero no había querido mencionarle nada a mi equipo al que prefería no involucrar en mi vida. —Llámale. Parecía importante. —Le di las gracias antes de colgar.

Aquel proyecto tenía que salirme bien por muchas razones pero, una de ellas, era para no tener tanta presión por coger todos los proyectos que entrasen. Así podría dedicarle un poco de tiempo a intentar arreglar la desastrosa situación de mi padre.

Capítulo 10

Ingrid

Agradecía descansar aunque fuera un par de horas porque aquel hombre, mi jefe, Izan, estaba loco de atar. ¿Por qué no había dicho sencillamente en la entrevista que necesitaba un Indiana Jones para la empresa? Nos habríamos ahorrado todos el mal trago. Aunque, si lo pensaba, Edwin parecía disfrutar de todas aquellas cosas. Quizá había que ser un alma libre para entenderlo.

Me tumbé en la cama que me pareció mullida y caliente. Amaba dormir por encima de casi cualquier actividad. ¿Había sido tan malo hacer esos deportes extremos? Quizá no, era una experiencia al fin y al cabo. Una que no repetiría pero experiencia. Pensé en llamar a mi madre de nuevo pero seguramente me diría lo bueno que es que esté haciendo caso a mi destino y disfrutando de la experiencia. Medité después si escribirle un mensaje a Alina pero seguí dándome cosa decirle que me habían cogido porque luego, si no era capaz de superar esta prueba porque no quería finalmente quedarme el trabajo, ella me daría una charla sobre lo tonta que era por desperdiciar una oportunidad así. ¿A quién más podía contarle lo mal que me estaba saliendo todo? Clarisa, posiblemente, estaría haciendo alguna cosa de ricos. Me tocaba joderme. Me pasaba por no ser tan sociable como debería.

Abrí el bloc que había traído en mi bolso original dispuesta a tener alguna buena idea. No me gustaba para nada que me obligase a hacer cosas que no iban con mi estilo pero en algo tenía razón. Sin hacerlas posiblemente no sabríamos en qué enfocar la campaña. ¿Qué podía llamar la atención de los clientes? Me golpeé a propósito en la cabeza con la almohada. No podía hacer un buen proyecto porque, simplemente, aunque me obligasen a hacer el deporte más extremo, no conseguiría ponerme en la piel de los clientes potenciales. No sería una deportista amante en tres días.

¡Eureka! Tenía una puñetera idea que podría valer. Me di prisa en anotar a grandes rasgos el mapa conceptual de mi visión. Quizá no

era el foco principal que Invictus Sport había pensado pero podía llegar a ser una mina de oro. Miré al cielo pensando algo en lo que no solía creer. Mi madre había dicho que me vendría bien y yo había encontrado una inspiración. Quizá no estaba tan desencaminada en su teoría del karma. Le di un beso a la piedra de mi collar por si acaso y me vestí con la ropa que un asistente había dejado en mi puerta. ¿Cómo sabían nuestra talla? Descarté esa idea ya que no tenía tiempo para eso. Era un chándal deportivo negro estándar de tela suave y brillante. No me quedaba mal. Me alisé el pelo un poco más con el secador de la cabaña y fui al cenador con mi bloc bajo el brazo contenta y dispuesta a explicarme lo suficiente bien como para que mi jefe finalizase la excursión.

—Buenas noches. —Dijo Elvira algo más relajada después de haber descansado. —Han traído pizza. —¿La pizza si podía llegar hasta allí o también la habían traído en helicóptero? Sabía que tenía que haber otro camino para salir y entrar de allí pero mi jefe se había encargado de ocultárnoslo. Bueno, ya no importaba. —Te veo más contenta.

—He tenido una idea. —Dije llamando la atención de Izan que me miró dilatando mucho sus pupilas.

—Podéis comer o no mientras hablamos de la idea, pero todos atentos. —Eso significaba de alguna forma que yo no cenaba hasta que no terminase mi exposición pero no me importaba si con eso podía volver a mi apartamento de felicidad.

—Mejor comemos primero, tengo hambre. —No estuve segura de por qué lo hice pero me pareció buena idea que se diera cuenta de que conmigo las órdenes iban a tener que ser más amables. —¿Ponemos música? —No esperé contestación y puse “Resistiré” en mi móvil. Me encantaba esa canción, daba tanto ánimo en cualquier situación. El duelo de mi padre lo pasé gracias en gran parte, al arte de la música.

—¿Has terminado? —Nadie dijo nada durante toda la cena mientras Izan no perdía detalle de cada trozo que me echaba a la boca para hablarme en el momento exacto en el que se acabó el último cacho de pizza. —¿Puedes, por favor, exponer ya tu idea? —

Noté más retintín del que me gustaba en su voz pero ya había obtenido mi pequeña victoria personal.

—Estamos equivocados en el público al que pensamos que va dirigida la campaña. —Quizá no debí fijarme pero mi jefe estaba sexy cuando se remangaba la camiseta para decirnos que se ponía enserio. —Hay mucha gente que hace deporte, de esas personas sólo una ínfima cantidad se lo toma como algo a nivel profesional, lover o experto. —Asintieron sin saber por dónde iba a salir. —¿Qué van a encontrar nuevo en la campaña si ya son fans del producto? No aumentará las ventas. —Eso era lo que le había pasado al otro grupo y sería lo que nos pasaría si no hubiera tenido esa revelación. —Tiene que ser una publicidad dedicada a la gente corriente, a la mayoría, a los que son un ni fu ni fa. —Abrí los brazos como si les hubiera revelado el sol.

—¿Esa es tu gran idea? ¿Dedicar la campaña a los vagos? —Mi jefe era idiota o de verdad no había entendido nada. —Ingrid dame un filo del que tirar para no empezar a gritarte. —Se llevo lo dedos al puente de la nariz. Ese hombre necesitaba tomarse un tranquilizante o una tila.

—Si dejas de ser un energúmeno intentaré explicártelo mejor. —Fuera mi jefe o el rey de Inglaterra tenía que aprender modales. Si salía bien la campaña le obligaría a hacer unas clases de protocolo. Me reí imaginándomelo ganándome más miradas de las suyas.

—Por favor, ilumínanos al resto de los mortales. —Fue entonces cuando me reí yo. Podía ser ironía pero me gustaba más que su maldito tono gruñón.

—La campaña anterior fue extraordinaria en todo. Los materiales eran caros y últimos modelos, las candidatas eran bellezones, el despliegue del debut fue impresionante. Y no funcionó. ¿Por qué? —Empecé mi discurso mientras tendía en la mesa los folios de mis intenciones. —Porque a la gente que le encantó la publicidad ya estaban suscritos al menos a uno de los servicios de la marca. Por eso, si necesitan algo, van al punto de venta conocido y no cuenta como éxito para el productor de campaña para nada. ¿Entendéis? Por buena que fuera nuestro proyecto acabarían viéndolo como un gasto innecesario. —Hice una pausa para tomar aire. Tenía la

costumbre de hablar bastante rápido cuando contaba algo que me emocionaba. Esperé que estuvieran siendo capaces de seguirme. —Pero, por el contrario, si conseguimos hacer una campaña que lleve a gente como yo, sin intención de hacerlo, a probar actividades o comprar productos, habremos conseguido un cliente potencial nuevo. —Vi sonreír de forma sincera y sin retintín a Izan y supe que había dado, al menos, con un filón importante.

Capítulo 11

Izan

No se me había ocurrido pero, si de verdad conseguíamos dar esa vuelta de tuerca y la gente normal se aficionaba a alguno de los servicios de Invictus Sports verían un incremento de ventas directo que nos aseguraría mínimo que el año en curso fueran nuestros clientes exclusivos y tendrían una mejor disposición para el año siguiente volver a darnos la oportunidad.

Ingrid todavía sonreía tras exponer su idea. Era buena. Yo lo sabía y por eso, a pesar de sus muchas quejas, la había obligado a seguir aquí. Mi intuición rara vez fallaba y ahí estaba la prueba.

—Bien. —Di una palmada convenciéndome más a mí que a ellos de que había que empezar a tomar decisiones.

—Izan, jefe. —Ingrid tenía el tono algo más suave y me pregunté qué perla estaba a punto de soltar. —Debería dejar que nos fuéramos a casa y mañana nos viéramos en la oficina. —Un tic en la mandíbula que no pude controlar. Tenía razón. ¿Qué motivo podía seguir intentando que hicieran esas actividades? Aunque seguro que sería divertido seguir viendo esas caras, la realidad era que no.

—Está bien. —Esperé que no se dieran cuenta de que me reía aún de las imágenes que bailaban en mi cabeza. —El helicóptero nos llevará en media hora a la ciudad. —No me venía del todo mal porque tenía que ir a ver a mi padre y ver qué le pasaba ahora con Samanta y esa demente boda.

Me despedí de ellos rogándoles dos cosas. Que intentaran estar despejados para ser creativos mañana y que no hablaran con absolutamente nadie del proyecto. Tenía miedo de que se filtrara una bomba como esa cuando estábamos compitiendo en una precampaña.

Llegué a mi apartamento con la idea de llamar a mi padre cuando hiciera algunas anotaciones sobre el concepto a dilucidar pero, para mi sorpresa Hank ya estaba dentro esperándome.

—¿No pensabas devolver mis llamadas, hijo? Le dije a Antonella que era importante. —Me gritó. No era algo que él solía hacer. Si lo unía al hecho de que estaba temblando, con la camisa remangada y con un remanente de sudor, debía ser grave.

—¿Qué pasa? ¿Tanta prisa tienes por casarte que no puedes sobrevivir a un día sin venir a pedir dinero para la boda? —Le contesté perdiendo la paciencia. Estaba contento por haber resuelto el inicio de un problema pero, me encontraba también cansado.

—Necesito dinero, es cierto, pero no para la boda. —Genial. Más gastos inútiles. ¿Qué sería esa vez? —Me han amenazado con secuestrar a Samanta. —Me llevé las manos a la cabeza y me dejé caer en el sofá con todo el peso de mi cuerpo fibroso.

—¿Quién? —Respiré hondo muy harto de tener que arreglar sus problemas. Mi madre vivía su amor a lo loco en yates pero, al menos, no se arruinaba.

—Gente con la que debería no haberme metido. —Le vi transpirar a través de su camisa. Estaba realmente nervioso y eso no era, para nada, una buena señal. —Yo sólo...pensé que lo tenía claro. Era una buena mano...podía haber ganado mucho dinero. ¡Incluso podría haber pagado mi propia boda! —Gritó para seguir mostrándome su gran faceta de ludópata.

—¿Me estás diciendo que de alguna forma es mi culpa porque no quise, sin más, darte lo necesario para que te casaras con una mujer a la que le doblas la edad y a la que, seguramente, ni le importas? —Escupí todo lo que pensaba porque, de todas formas, me daba igual si se enfadaba conmigo o no. —¿Qué peligro real corre Samanta y qué formas tienes para de solucionarlo con esa gente? —Me dolía la cabeza y ni el masaje en mis sientes de destensaba. Aquello era demasiado después de un día intenso que debería haber terminado de buena forma ya que habíamos conseguido ver una pequeña luz al final del camino de la batalla de proyectos.

—Sólo hay una forma y es pagando. —Lo suponía. Me levanté para ir a paso lento pero seguro hasta el cajón del escritorio de mi biblioteca para coger la chequera. Anotaría el dinero que le prestase en la cuenta de fondos prestados a mi padre que, por supuesto,

jamás me devolvería. —Pero es mucho dinero, Izan. —¿Mucho dinero? Estaba acostumbrado a los sablazos que me pegaba. Él no era consciente de sus actos. Entraba en el casino con un presupuesto que gastar que tampoco debería pero, conforme las copas iban y venían y la “suerte” le enseñaba la patita, iba perdiendo dinero en máquinas, mesas o competiciones de póker. Aunque el verdadero problema no era ese. El kit de la cuestión eran los fiadores. Personas sin escrúpulos dispuestas a prestar lo que fuera necesario a un hombre que garantizase su pago tanto si acababa ganando como perdiendo. Yo siempre acababa pagando a esos hombres. —Izan, esta vez...yo... —Me dio miedo por primera vez esa expresión. Normalmente venía arrepentido y nervioso pero con lo de la amenaza a Samanta, que él mismo no quisiera decirme la cantidad y el hecho de que veía lágrimas incipientes en sus ojos....me hizo ver que aquella era una situación distinta a cualquier otra que hubiéramos vivido.

—¿Qué pasa, papá? —Tragué saliva sintiendo que el corazón, que había estado tranquilo hasta ese momento ya que estaba acostumbrado a momentos bastante tensos en el mundo empresarial, se desbocara por completo.

—Vi muy claro que podía ganar. Podía haberte devuelto todos los préstamos que me has ido haciendo. —Cuanto más hablaba más iba apretando yo mismo los puños para contenerme. —Aposté todas mis acciones de la empresa. —Aquello fue como si un jarro de agua helada se abriera sobre mi cabeza.

—¿Cómo has podido hacer eso? —No me contuve y le propiné una patada a la mesita de cristal del salón que salió volando rompiéndose en mil pedacitos que la pobre chica de la limpieza tendría que hacer desaparecer luego. —¿En qué estabas pensando? —Eso era una fortuna y yo...me sentía débil e idiota. Nunca debí darle un porcentaje de mi empresa, pero solo pensé que así tendría una buena asignación que no le haría bajar su calidad de vida.

—Vete papá. —Dije tan furioso que no podía disimular.

—Pero hijo...Samanta... —Titubeó aún mientras caminaba hacia la puerta.

—Sólo envíame todos los datos del pago. Posibilidad de fecha de pago, cantidad, individuos implicados... —Le cerré la puerta en las narices y grité en la soledad de mi habitación para intentar, inútilmente, desahogarme.

Capítulo 12

Ingrid

Llegar a mi apartamento fue como tocar el cielo. Había sido un día difícil y eso que me había conseguido librar de tres más así. En el fondo, imaginé que, si no hubiera ido a vivir esa experiencia, no me hubiera dado cuenta de que hay mucha más gente como yo.

Era consciente de que debía descansar pero trabajar en algo que me gustaba era casi como una droga para mí. ¿Qué le iba a hacer? Abrí el portátil. Coloqué el cuaderno con las anotaciones previas. Rebusqué hasta tener a mi disposición inmediatas fluorescentes de distintos colores y posit adhesivos. Sin olvidar, por supuesto, un paquete de pegatinas. Viendo mi mesa nadie podía dudar de que, cuando tuve que elegir qué quería estudiar, tuviera dudas entre publicista con marketing o profesora de educación infantil. Hubiera tenido más suerte y trabajo si hubiese elegido la segunda opción pero, como me encantaban las cosas difíciles me metí en publicidad.

Llevaba ya varias horas navegando por la red sin descanso cuando paré a hacerme la cena. Las tres de la mañana era una buena hora para una berenjena rellena de carne picada acompañada por arroz. Era curioso como medio mundo deseaba estar delgado pero alegaba de una forma u otra que era muy difícil. Esos eran los clientes que buscaba pero no tenía claro cómo hacer que les pareciera apetecible empezar a practicar deporte.

Si me fijaba aún con más detalle en los términos que las personas utilizaban en sus búsquedas, preguntas y peticiones, podía llegar a la conclusión de que no sólo querían estar en buena forma sino que también pretendían que ese cambio llegara de forma “rápida” y “sin esfuerzo”. Eso podía ser un problema. Descarté entonces a un segundo plano a esos objetivos que, sin duda, me darían más de un quebradero de cabeza, y fui a la segunda tanda. Deportes extremos para personas corrientes. ¿Cómo hacer que alguien que de normal no quiere subir una montaña lo haga para,

además, tirarse en paracaídas? Me dejé caer exhausta. Yo era la clase de persona más corriente y no se me ocurría ningún motivo por el que fuera a hacer esas cosas.

La cena, evidentemente, me sentó algo pesada y acabé por cerrar el ordenador. El jefe había dicho que teníamos que ir despejados e innovadores a la oficina y no tenía ganas de seguir disgustándole también en la oficina. Programé el despertador una hora más temprano de lo habitual. Tenía que pasar a ver a mi madre y decirle, contra mi voluntad, que agradecía que no hubiera dispuesto a los mismísimos militares para mi rescate. El querido móvil me recordó que, si era capaz de dormirme en una milésima de segundo, descansaría la friolera de dos horas cuarenta y cinco minutos. Genial. Sueño tan reparador como meter la cabeza en la puertecita del congelador y golpearme con ella.

¡Bip-Bip!

Odiaba ese sonido cuando aún no podía considerarme persona. Fui a la cocina arrastrándolos pies para encender la cafetera cuando un círculo rojo en mi nevera me hizo acercarme hasta allí a pasos agigantados. Era el maldito cumpleaños de Alina. Ella no sabía que había comenzado a trabajar, ni tenía regalo, ni estaba segura al cien por cien del lugar y hora del evento. Corrí a ducharme preparada para empezar otro día de esos en los que, por mucho que corras, sigues sintiendo que vas tarde.

De camino al gimnasio decidí llamar a mi madre. Mi intención de ir a verla era buena pero tendría que esperar y, como agradecimiento, encima, tendría que ocuparse ella de encontrarme un buen regalo para una de mis únicas amigas. Al llegar al gimnasio vi que todavía era algo temprano y recé para que Tom estuviera allí. No dudaba de que Alina, gustándole tanto como lo hacía cualquier hombre que estuviera petado, habría invitado a nuestro entrenador común a su cumpleaños. Esa iba a ser mi forma de no tener que llamarla para preguntarle y así evidenciar que, hasta la noche anterior, ni me había acordado.

—Te veo estresada, otra vez. —Tom llegó puntual gracias al cielo y le abordé casi como un león que espera a su presa. —Veo por tu ropa que hoy también vas a pasar de entrenar. —Se ríe de mí, cosa

que no me sorprendió. Él sabía que no era una amante del deporte y, aún así, había conseguido que me apuntara al gimnasio para andar en la cinta y poco más. Tenía mucha labia el muy avisado. — ¿Qué pasa por esa cabeza tuya? — Preguntó al ver que empezaba a nacer en mi rostro una sonrisa

— ¡Tom eres genial! — Le abracé sin contener mi entusiasmo. En él y otros como él podía estar mi respuesta. Puso cara de póker porque, en efecto, era muy difícil que pudiera entenderme. — Ya te contaré más pero, ahora. — Hice un gesto de súplica. — Dime dónde y a qué hora es el cumpleaños de Alina. — No le gustó verme tan perdida pero, aún así, aceptó dármelo a cambio de que hiciera cuatro días seguidos de spinning la semana siguiente. A veríamos si conseguía cumplir mi propia palabra.

Ya casi era la hora de entrada y tuve que empezar a correr hasta la calle de la oficina. Entré dándome cuenta de que todos estaban ya allí. El tiempo pasaba muy rápido a pesar de mis intentos. Así no conseguiría que mi jefe me mirase bien excepto si le daba la solución completa.

— Toma agua. — Izan me tiró una botella que cogí torpemente en el aire antes de sentarme en una de las sillas que rodeaban la mesa de mármol de la sala de reuniones. — Dije despejados e innovadores. ¿Qué traéis? — ¿Así sin más? ¿Ni un maldito café? Izan podía llegar a ser odioso para todos y no sólo para mí porque Elvira y Edwin tenían caras compungidas también.

— He traído algo. — Me miró con expectación. — Pero podíamos pedir aunque sea unos cafés. — Me hacía gracia la forma en que se le notaba lo poco que le gustaban mis sugerencias. Le palpitaba un pequeño músculo en la mandíbula. Accedió diciéndole a una chica bajita y con gafas que pidiera que nos subieran café, pero yo, si era sincera, había esperado una contestación mordaz de las suyas y una sonrisa blanca y perfecta. El jefe no estaba precisamente de buen humor. La curiosidad me podía. ¿Sería de nuevo por la boda de su padre con esa chica tan guapa? Era una cotilla en el fondo y no podía evitar que saliera a relucir cuando consideraba que algo no encajaba en un puzle. — Creo que tenemos que volver a hacer un recorrido por los gimnasios.

—Eso, Ingrid, ya lo hemos hecho. —Se levantó para darle un pequeño empujón a la silla donde estaba sentado. —Y no tenemos, precisamente, tiempo que perder. —Su tono no era para nada conciliador.

—¿Para perder dos días más en medio del monte si había tiempo jefe? —No pude callarme. Lo intenté pero las palabras salieron de mí sin filtro alguno. —Si está de mal humor es, en realidad, su problema. Yo no voy a trabajar en estas condiciones. — ¡Encima que pensaba salvarle esa campaña! —Y vosotros tampoco deberíais permitir que os hablara así. —Me levanté sin cortarme un pelo y me fui hasta la calle para sentarme en un banco cerca de un puesto ambulante tras comprarme en él un algodón de azúcar.

Capítulo 13

Izan

—Creo que tenemos que volver a hacer un recorrido por los gimnasios. —Fue la primera idea, tras tener que pedir café para todos a petición de la señorita, que dijo Ingrid después de llegar tarde a la reunión de la mañana y yo, no tenía paciencia para eso.

—Eso, Ingrid, ya lo hemos hecho. —Me levanté furioso. Necesitaba más que nunca conseguir esa campaña. Era imperioso conseguir más liquidez para hacer frente al préstamo suicida de mi querido padre. —Y no tenemos, precisamente, tiempo que perder. —Ella me caía bien y tenía buenas ideas pero no tenía tiempo para sus pulsitos.

—¿Para perder dos días más en medio del monte si había tiempo jefe? Si está de mal humor es, en realidad, su problema. Yo no voy a trabajar en estas condiciones. Y vosotros tampoco deberíais permitir que os hablara así. —Se levantó y tras coger su bolso, se fue sin darse la vuelta ni una sola vez. ¿Dónde iba ahora?

—¿Qué ideas habéis tenido los demás? —No iba a pasar por el aro, esa vez no. Ya tenía suficiente con tragar continuamente con las tonterías de mi padre que parecía mi hijo con sus niñerías. —¿Algo? —¿Por qué simplemente no despedía a esos dos y me quedaba solo? ¡Ah, sí! Porque no tenía otro equipo con el que trabajar. Si al menos fuera una campaña segura podría presionar al resto de mis clientes con que me dieran más tiempo pero sin estar comprometidos con nosotros...no podía arriesgarme a perder un cliente por intentar darle prioridad a Invictus Sports.

—Yo he pensado algo relacionado con lo que hicimos ayer. Con las caricaturas. —Resoplé más fuerte de lo que debía al oír a Edwin. —Creo que sería bueno caricaturizar a musculitos para darle más credibilidad al concepto de persona corriente que quiere Ingrid. Quería. —Añadió tras meditarlo viendo la silla vacía de la chica.

—Yo había estado trabajando en eslogan tipo “No es entrenar, sino disfrutar” y cosas así, también con una clara influencia a lo que se habló en el cenador. —Elvira tragó saliva algo tímida. Se notaba a leguas que quería complacerme como empleada y que había tenido que debatirse en si sería peor decirme que no tenía nada o contarme que sus ideas iban en sintonía con las de la chica que acababa de abandonar mi despacho.

—Muy bien. —Respiré. —Los dos. Seguid pensando en ello pero que alguno vaya meditando cómo podríamos acercar las ventas a este tipo de persona. —No me creía que fuera a tener que hacer aquello pero parecía no haber otra solución. Me puse la chaqueta del traje y bajé a buscar a Ingrid, mi nueva indispensable empleada por lo visto.

—Oh, has tardado en darte cuenta. —Encontré a Ingrid tomándose un enorme palo de algodón de azúcar rosa. Aquello tenía que ser todo lo contrario a un snack saludable matutino. Me senté en el mismo banco que ella aprovechando el parón para dar una bocanada de aire. La calle estaba ya empezando a estar bastante transitada. La ciudad se estaba despertando y yo aún estaba totalmente absorto en la noche anterior. —¿Qué te pasa, Izan? —Me sorprendió su forma directa y amigable de girarse hacia mí cruzando las piernas sobre el banco para hablarme cara a cara. —¿Sigue siendo por la boda? ¿Algo más que te preocupe? —Yo era la persona más reticente a hablar de mi vida privada con cualquiera pero Ingrid parecía haber salido de la nada dispuesta a conocer y arreglar cualquier problema que tuviera. —Seré una tumba. En realidad lo necesito saber por una cuestión egoísta. —Sonreí ante esa ocurrencia.

—¿Y eso? —Pregunté mordiendo el anzuelo.

—Porque cuantos más problemas tengas en esa cabeza tuya peor humor tendrás y yo no estoy acostumbrada a obedecer en ciertos términos. —Se rascó la fina barbilla como pensando. —Quizá mi madre fue mi blanda en mi niñez con todo eso de la energía y los refuerzos positivos. —Se ríe desarmando mi barrera de ataque. No hacía nada con maldad. Quizá me había precipitado de verdad al no dejarla hablar porque, aunque pareciese a primera

vista que no meditaba mucho lo que salía por su boca, sí lo hacía, y elegía muy bien los términos que utilizaba.

—Mi padre se quiere casar con Samanta, la chica del hotel. —Asintió animándome a seguir hablando. No tenía que mezclar ese tipo de cosas pero parecía tan dispuesta a escucharme... —No tiene dinero para eso y me lo pide a mí. —Me quedé callado. La segunda parte no era tan fácil de contar y, quizá, no resultaba ni prudente dado que la acababa de conocer. —No contento con eso se ha jugado en una partida de póker un veinticinco por ciento de mi empresa. —Se llevó las manos a la boca ahogando una exclamación. —La culpa es mía por cederle eso. Siento si no te he dejado expresarte. —Dejé de respirar cuando puso su mano en la mía y apretó para darme ánimos. Parecía muy empática.

—La campaña puede salvarte. —Gritó zarandeándome haciendo que me diese vergüenza que la gente nos pudiera ver. ¿Cuánto tiempo tienes para redimir ese problema? —Aún no lo sabía porque mi padre no se había dignado a mandarme la información. Además, si era sincero con mis opiniones, pensaba que Hank había sido algo exagerado con lo de la amenaza a Samanta. Quizá por eso no lo mencioné. —Piensa, Izan, que aquí sentado no vas a arreglar ningún problema. —Esas palabras fueron como una bofetada para mí. —Vamos ahí arriba que te voy a explicar el plan para la campaña. —Me cogió la mano sin importarle lo que los demás empleados pensarán de ese hecho. Sólo me soltó cuando estuvimos de nuevo en la habitación de reuniones.

—Habéis vuelto... —Susurró Edwin despertándose de su siesta sobre la mesa. —¿Estamos todos despedidos? —Preguntó bostezando.

—¡Aquí nadie está despedido y nadie se puede escudar para no trabajar! —Gritó Ingrid dirigiéndose hacia todos. Era una animadora nata. Quizá era eso precisamente lo que faltaba en mi equipo. Tenía ideas pero, lo que realmente me hizo elegirla para integrar esto o lo que me hizo no echarla al protestar era, de alguna forma enigmática, la energía que desprendía. —¡Os voy a explicar, no un plan, sino el plan!

Capítulo 14

Ingrid

—El plan es el siguiente. —Había conseguido llamar la atención de los tres presentes en la sala de reuniones. Quizá mi madre no estaba tan equivocada en leer esos libros que leía y lo de que “Si proyectas, expandes” era cierto. —Iremos de nuevo a los gimnasios pero, esta vez, iremos en nuestra peor condición física o con alguien que odie el deporte con nosotros. —Me gané las miradas curiosas de todos. —Tenemos que intentar ver cómo un monitor, que suelen ser bastante alegres y eso, motiva o convence a alguien nuevo, que no viene en realidad predispuesto, de apuntarse. Una vez que hagamos eso iremos también a las dietéticas y a los centros de ropa deportiva. Eso nos dará una primera visión que extrapolar a la campaña. En cuanto a los deportes extremos, que sería lo que se nos quedaría colgado, que cada uno vaya pensando una razón por la que haría algo que no le gusta. —Termine convencida de que habían entendido el objetivo.

—Ingrid. —Edwin se acercó a mí con su bloc en la mano y me pregunté por qué estando Izan ahí venía a enseñarme su idea a mí. De alguna forma era como si, sin querer, me hubiera convertido en la publicista jefe y eso, no tenía ningún sentido. —He pensado que sería una buena idea no meter gente real en el anuncio. —Eso llamó mi atención. —Si la gente se siente identificada con el sentimiento está bien pero, si físicamente cree que no les representa o que les descalifica, quizá se molesten más que otra cosa. —Oír algo tan estudiado de la boca de Edwin me alegró muchísimo. Quizá todas aquellas veces en las que parecía estar absorto pensando en algún dibujo animado, estaba analizando una parte del proyecto. Eso sería genial. —¿Me enfoco en un primer boceto de lo que tenía pensado? —Le dije que sí sin consultarlo con Izan. De hecho, ni me había fijado en que estaba detrás de mí.

—Es una buena idea. —Susurró cuando los otros dos ya estaban saliendo de camino a sus respectivos trabajos. —Ingrid, veo que el

equipo. —Llamar equipo a dos personas y a mí...En fin. —Te respeta y cree en lo que piensas. Yo, por motivos que ya te he explicado. —Su escena personal estaba en un plantel complicado sin duda e incluso podía llegar a perdonarle su griterío y poca paciencia. —No estoy muy centrado. Quiero dejarte al mando de la pre campaña. —Mi corazón empezó a latir aceleradamente. Yo acababa de llegar a la empresa. Ni si quiera conocía a todo el mundo. —Evidentemente si necesitas ayuda en algo o que te oriente sobre alguna de nuestras secciones puedes venir a mis despacho en cualquier momento, pero considero que es mejor que las reuniones y decisiones las tomes tú. Cuando lo tengáis moldeado hacemos una reunión y vemos si creo conveniente cambiar algo. —No me preguntó si estaba de acuerdo o si creía que era capaz de hacerlo, simplemente, salió de la sala de reuniones y se fue, tras hablar con su secretaria, al despacho del fondo que debía ser el suyo.

Salí a la calle cargada de cosas de oficina. El plan iba tomando forma e iba necesitando mapas conceptuales entre otras cosas de cada sección. Pese a que el aire era agradable, tenía la sensación de que algo marchaba en mi contra. ¿Y si conseguía un buen proyecto y el padre de mi jefe acababa arruinándolo todo? No quería ser melodramática pero lo era. Así que, como me habían hecho de alguna forma jefa, decidí hacer lo que hacen todos los santos jefes. Paradas indebidas. Fui hasta la casa de mi madre que, en el instante en el que yo entré, estaba haciendo una postura llamada la gruya que, aunque parecía incómoda, según ella relajaba y te ayudaba a conectar con tus energías. No tenía tiempo ni para conectar el wifi menos para cosas místicas.

—Mamá, necesito un consejo. De la vida real y plausible. —Le adelanté las premisas de lo que le pedía para que no divagase sobre lo que el universo podía ofrecerme o quitarme. —Si alguien que no es tu amigo adquiere por error una parte de tu trabajo y no sabes qué hacer para quitárselo de nuevo.... ¿Alguna idea? —Solté de golpe mientras me servía un té blanco. Era casi obligatorio cuando la visitaba tomar té para purificar mi cuerpo.

—Esto era un antílope... —Madre de dios. ¿No podía simplemente decírmelo sin ningún tipo de cuento o moraleja? No, ella no era así. Para mi desgracia no era ni mucho menos una loca y solía decir las cosas con fundamento aunque parecieran demenciales si sólo la acababas de escuchar por primera vez. — Comía hierba en un prado verde. En toda la llanura había alimento para el resto de especies, también para los carnívoros. Un día un león llegó hasta el antílope para decirle que quería la hierba que había debajo de él para comérsela. Si al antílope le gustaba tanto, sería por algo en especial. El antílope sabía que en el cuerpo a cuerpo no tenía nada que hacer contra el potente león así que hizo lo único que podía hacer, dejar que el felino se acercara para comer. Cuando el león se llevó la primera tanda de hierba a la boca, salió despavorido en una carrera sin preferentes. El antílope no supo nada más de él y volvió a mascar su hierba, feliz. —Mi madre sonrió con el final de la historia y se puso a meditar con los ojos cerrados.

—Dejas que el león coma la hierba... —Eso era absolutamente genial. Besé la frente de mi madre antes de salir corriendo a la calle.

Esperaba que Elvira y Edwin consiguiesen un buen material pero, por si acaso, decidí escribirle a Tom y a Rodrigo para preguntarles cómo motivarían a una persona con más peso del que debería para ir. Les mentí haciéndoles creer que era para un amigo, pero no era más que el no tener tiempo para ir hasta sus gimnasios a hacer la comprobación.

Llegué casi sin aliento a la oficina. Antonella, que estaba inmersa en uno de sus proyectos, me miró al entrar y me ofreció agua. Se lo agradecí y sin pedir permiso, entré a la oficina de Izan.

—Ingrid, ¿Qué haces tú aquí? —Me quede bloqueada al ver a mi amiga Clarisa allí. Llevaba un vestido demasiado corto que bien podría haber sido de gala y nunca pegaría en un horario matutino. —¿Trabajas con mi amiga, bombón? —Me resultó altamente incómodo que usase una frase como esa para referirse a mi jefe.

—No quería molestar. Salgo. —Cerré la puerta sintiendo que los colores inundaban mis mejillas. Volví a abrir. Al fin y al cabo era importante. —Cuando pueda jefe, estaré en la sala de reuniones. —Cerré. Esa vez con más fuerza. Había creído que el señor Izan

Tailor estaba soltero y además habría jurado que Clarisa había estado hace poco con otro tío.

Estaba realmente nerviosa sin motivo aparente. En nada cambiaba lo que veía a decirle con lo que había visto. Ordené una cantidad innecesaria de veces la mesa y, ante la falta de aparición de Izan, me senté para seguir preparando la memoria del proyecto. No sabía cuánto tiempo había pasado pero ya debía haber pasado con creces la hora de comer. ¿Qué cojones se creía Izan? ¡Yo intentaba salvar su maldito culo! Elvira y Edwin llegaron cargados de energía e ideas. Hice lo único que podía hacer. Disimular.

Capítulo 15

Izan

No entraba en mis planes que Ingrid me pillase a punto de irme con una mujer, pero lo que no había podido prever de ningún modo era que, además, ellas fueran amigas.

Clarisa era una amiga con la que mantenía una relación puramente sexual beneficiosa para ambas partes pero, en aquella ocasión, quería además convencerla de que me prestase el dinero para saldar la deuda. Hacía sólo un par de horas que me había llegado un correo con los detalles del pago y me parecieron una auténtica barbaridad. Quizá porque le daban un valor nominal a ese veinticinco por ciento que era cinco veces su valor real. Pero lo peor de todos, es que si no satisfacía ese saldo en veinticuatro horas, un tal Gaspar vendría a ocupar la silla de mi padre en la próxima reunión de la empresa.

—Te prometo que voy a intentarlo. —Fue lo último que me dijo antes de salir de mi despacho después de hacerlo encima del escritorio. ¿Cómo podía depender la reunión de mañana de que una de mis amigas y amantes le consiguiera sacar el dinero a su padre, un importante hotelero de la ciudad?

Al recorrer el pasillo vi que en la sala de reuniones estaba todo el “equipo” para Invictus Sport hablando animadamente y haciendo anotaciones. ¿Con qué cara entraba yo entonces después de que Ingrid nos viera claramente flirteando? Aún así tenía que ver qué era eso tan importante que había llevado a mi nueva empleada a entrar sin llamar a mi despacho.

—¿Cómo vais? —¿Podía llegar un jefe como yo más acobardado a la mesa?

—¡Va a ser genial! Está todo encaminado. —Dijo Edwin tirándose hacia mí para darme un abrazo. Su entusiasmo hacía de cara contraria a su pasotismo en otras ocasiones. Así que Ingrid había conseguido dilucidar algo para la pre campaña. Genial.

—¿Podemos hablar, Ingrid? —Ni me miró ni me dirigió la palabra. Por suerte, los otros dos se dieron por aludidos y salieron de la sala cerrando la puerta de cristal tras de sí. —No sabía que os conocíais. —¿Tenía algún sentido que me estuviera justificando ante mi empleada sólo porque teníamos una amiga en común?

—No veo que hubiera cambiado. —Exacto. —Iba a decirte que he encontrado una solución para tu problema. —Carraspeó. Estaba visiblemente incómoda porque no hacía ningún tipo de contacto visual. De hecho, me dio la impresión de que hacía líneas en un folio con regla y lápiz sólo para no tener que mirarme.

—¿Qué problema? —Dije sin entenderla.

—Creía que tenías un veinticinco por ciento de empresa que salvar. —Sí, claro que la tenía, pero no era consciente de que ella se estuviera ocupando también de idear un plan para eso. No me parecía mal pero era...raro. ¿Quién se preocupaba por una empresa en la que no era definitiva y de un jefe que la obligaba a tirarse de un helicóptero? —Pues he llegado a la conclusión de que no tienes que hacer nada. Deja que quien sea que haya prestado ese dinero venga a la empresa a ocupar su puesto. —¿Perdón? ¿Qué narices decía tan feliz y tranquila?

—¿Sabes que mi intención es recuperar ese porcentaje con el mínimo estrago posible, verdad? Quizá no te lo expliqué correctamente o no lo entendiste con tu mascar incesante del algodón de azúcar. —Ataqué sin paciencia.

—Si te vas a poner así, creo que ya te he explicado que, yo no funciono. Además, no deberías ser tan borde con alguien que intenta solucionar tu problema. —Respiró hondo haciendo con las manos un gesto de meditar. —Voy a seguir con mi idea original de contarte la solución sólo porque mi madre tiene la teoría de que el karma te lo devuelve todo a su debido tiempo. —¿Tendría que mandarle una caja de bombones a la madre como agradecimiento? —Si dejas que el susodicho se siente en su silla y maquillas las cuentas y el estado de los proyectos para hacerle pensar que esta es una empresa en ruinas, el león se irá. —¿Qué león? —Es decir, el tío que venga, querrá deshacerse de ese porcentaje pronto para no tener que acarrear con futuras deudas de la empresa. Le ofreces

por medio de otra persona el dinero que le debes o incluso un poco menos. Ante el miedo del nada, que firme. Y así sólo tendrás que devolverle la cantidad original y con un método de pago que ya habrás puesto tú a tu favor. —Era...extraordinariamente plausible. No pude controlarme y la abracé. Me acababa de salvar o al menos, me había abierto un buen hueco para que entrase la luz.

—¿Y cómo hago en que confíe en la solvencia del comprador si no tengo dinero? —Ella no era financiera pero, por lo visto, se le daba bastante bien pensar de modo empresarial. Explotaría su mente un poquito más y luego la haría fija si todo salía bien.

—He pensado también en ello aunque no es mi función. —Acepté su puyita de buen grado. Me lo merecía. —El banco no te concederá un crédito por el importe total pero, poniendo como aval la empresa o incluso tu casa, te dará el valor que le pongas a la primera cuota. El resto ya lo pagarías con el ingreso de la campaña de Invictus Sports. —La adoré en ese momento. Era un plan perfecto. Sólo teníamos que conseguir que el proyecto fuera nuestro.

—¿Y cómo va el proyecto? —Pregunté intentando tranquilizarme. Las endorfinas transpiraban por todo mi cuerpo. Felicidad en estado puro. Samanta a salvo. La empresa a salvo.

—Pues ya tenemos el primer borrador. Tenemos que ir perfeccionándolo pero saldrá bien y estará a tiempo. Creo que fue una suerte dar con el tema de la gente corriente. Gracias a ti que nos metiste en aquel berenjenal. —Se llevó la mano a la boca arrepintiéndose de lo que acababa de decir. Era su jefe pero no podía enfadarme con ella después de todo lo que estaba haciendo, al margen de sus obligaciones, por mí. —Por cierto, tu padre ha estado aquí. Lo he visto hablando con Antonella. —Recordé vagamente que ella había visto tanto a Hank como a Samanta en la comida que tuve con ellos en el hotel del padre de Clarisa. Seguramente ella la enchufó en ese puesto ahora que lo meditaba. —Creo que deberías comentarle que has encontrado la forma de solventar las cosas porque parecía bastante agobiado. —Tras decirlo se mordió con suavidad el labio. Sabía lo que pasaba por su

pequeña e inquieta cabeza. Se preguntaba si no opinaba demasiado pero no veía con qué cara iba a pedirle que no lo hiciera.

—Ese hombre necesita más ayuda de la que yo puede ofrecerle. Si sólo aprendiera a estar en paz... El dinero me daría igual. —Fue una confesión personal. Otra más. ¿Por qué me resultaba tan fácil abrirme con ella y contarle cosas de mi estricta vida privada?

—Creo que puedo ayudarte también con eso. —Me dijo con una sonrisa reluciente. —Dile que venga a la hora de acabar con el trabajo. Que venga su novia también. —Se levantó y se fue cargada de carpetas. No le pregunté ni dónde iba, estaba demasiado impactado por su arrebatadora positividad y sencillez.

Capítulo 16

Ingrid

¿Por qué ayudaba a mi jefe si no me gustaba su prepotencia habitual? Eran las ocho de la tarde y estaba esperando a que viniera junto a su padre y a la prometida de éste. Quizá mi interés por ayudarle venía en el momento en el que conseguía ver su vulnerabilidad. ¿Y si el llevar una empresa como esa sin conseguir delegar en más gente le había ido comiendo la interacción social? No era desagradable porque incluso dándome órdenes le podía ver muecas jocosas. Podía ser una coraza.

—Estamos aquí, aunque ni si quiera sé exactamente para qué. —Izan llegó vestido informal con unos vaqueros y una camiseta negra. Tenía las manos en los bolsillos e iba dos pasos por delante de la extraña pareja que iba con él.

—Vamos a ir a que conozcáis a mi madre. —Izan tosió como respuesta refleja de su incredulidad. —Ella nos ayudará. —Me siguieron andando sin atreverse, posiblemente, a decir algo ante aquella proposición.

—¿Hija eres tú? Oh, cuanta energía negativa contenida. —Dijo en cuanto nos vio. —Veo que han venido. Las cartas me habían dicho que ibas a dudar hasta el último momento si esto era una buena idea. —Le confesó a Izan dándole un pequeño golpe con su dedo en el pecho. —Pero lo es. Mi hija me ha dicho que tu padre, aquí presente, hace cosas que no entiendes y eso, normalmente, se debe a un desequilibrio emocional. Te ofrezco mi ayuda ahora. —Se sentó tras su mesa redonda de echar las cartas esperando al padre de Izan. Éste, como todos, estaba flipando pero oye, mi madre decía que aclarar la mente y los sentimientos era el primer paso para una vida sana y feliz.

—¿Pero qué es esto? —Susurró Izan en mi oído tan bajito que me hizo cosquillas. —¿Tu madre va a tirarle las cartas a mi padre? —Me encogí de hombros como única respuesta. Al menos ponía a su disposición los pocos medios que tenía. —Eres increíble. —No

sé por qué pero me dio la impresión de que, en aquella ocasión, no había sido un cumplido.

—Mi nombre es Hank. —Dijo el hombre mayor sentándose frente a mi madre. Dudaba de que fuera a aceptar hacerlo. —Esa chica es mi prometida y, como ves, es algo joven. —Se rió un poco y me dio la impresión de que, más bien, intentaba no hacerme un feo a mí más que creerse nada de lo que fuera a salir de aquella situación. —Y ese es mi hijo, Izan. —Señaló a mi jefe mientras yo me quise morir. Quizá no había sido para nada buena idea. Perdería puntos con mi jefe después de lo bien que me habían salido mis otros actos impulsivos. Me perdía la boca.

—De tu hijo y sus carencias afectivas hablaremos en otro momento si lo deseas. —¿Por qué había que tenido que darle ese zasca en toda la boca al señor Hank? —¿No prefieres hablar de tus verdaderos problemas? —Hubo un silencio que me resultó terriblemente incómodo. —Corta el mazo. De todas formas no crees en estas cosas. —Susurró bajito pero audible. Caí entonces en que nunca me había quedado a ninguna sesión de mi madre. Yo sabía que era espiritual y una persona de energías pero desconocía hasta donde se creía ella misma algo tan...místico como las cartas del tarot. Hank lo cortó en tres mazos para que mi madre los extendiese y le exhortase a coger de cada uno de ellos tres cartas. Cuando las levantó mi madre entrecerró los ojos como si leyera un gran texto. —Ya veo... —Fue lo único que dijo antes de levantarse sin explicación de la mesa. —¿Alguien quiere té? —¿De qué cojones iba mi madre?

—¿Qué pasa mamá? —La cogí del codo aprovechando nuestra soledad en la cocina. —Me dijiste que les trajera y ahora de repente no dices nada al ver las cartas. ¿Te has quedado en blanco? ¿No puedes decirle algún cuento que le ayude con una moraleja? —Salí detrás de ella con la bandeja del té y las tazas.

—Me pregunta por qué no digo nada pero es que, en realidad, no vais a querer hablar de ello. —Dijo místicamente.

—¿Y qué es lo que no queremos saber? —Samanta se levantó de repente y juntó el mazo de nuevo. —Tíremelas a mí. Estoy relacionada con los problemas de Hank. El juego. De hecho, nos

conocimos en un casino. Quizá puedas ver algo relacionado en mí.
—Se sentó y cortó en tres. Eligió tres cartas y vi a mi madre dudar.
—Te aseguro que asumo las consecuencias de lo que digas y lo aceptaré me guste o no. Soy algo creyente en estas cosas en realidad. —Mira, gran sorpresa lo de la modelo exotérica.

—El pasado fue amargo, pobre y desolador. Eso te llevó hasta Hank, pensaste que podía sacarte de esa vida pero, en realidad, te hundió más en ella porque estaba demasiado enganchado al juego como para gestionar su patrimonio. —¿Qué? Recé para que mi madre parase ante las miradas de todos los presentes. —El presente es bien distinto. Te enamoraste de él aunque no creíste que eso fuera posible. —Vi una lágrima caer por el rostro de Samanta dejándome la garganta seca. —Pensaste que, amándole de verdad, como ahora haces, olvidaría el juego y los problemas de dinero acabarían. Quieres formar una familia pero día a día te marchitas como una flor a la que no se la riega. Te avergüenzas de la relación pero no por lo que muchos piensan de ti sino porque sabes que es exactamente al revés y, sin el juego de por medio, Hank no ve nada en ti mientras tú en él, sin dinero, si lo has visto. —Carraspeé intentando que parase pero parecía poseída por la incontinencia verbal.

—¿Y cómo ves el futuro entonces? —Lo vi en su cara y me quise morir. Mi madre había dado cien por cien en el clavo y Samanta estaba dispuesta a creer en lo que dijera sobre su futuro. ¿Había alguna forma de evitar que dijera lo que intuía que iba a decir?

—¿Qué futuro, querida? Tú lo sabes y el amor te impide abandonar esta vida que no mereces y buscar un verdadero destino. —Mi madre juntó todas las cartas en un solo mazo.

—Yo...tengo que irme. —Susurró Samanta encaminándose hacia la puerta.

—Nos vamos todos, en realidad. —Dijo Izan con la cara de enfado más aterradora que hubiera visto en mi vida.

—La ayuda no pasa por mentir, Izan. —Mi madre no se callaba una. —Quizá si le hubieras dicho a tu padre lo solo que te sentías o lo mal que te hacía sentir verlo en esas condiciones no habría llegado a este punto. —Izan se quedó muy quieto, quizá esperando

algo más. —¿Quiere saber cómo salir del problema o es que, simplemente, no ve el problema, señor Hank? —Para mi asombro y el de Izan, su padre se sentó en la mesa y cortó para que mi madre volviera a sacar las mismas cartas que le había sacado en la primera tirada. ¿Coincidencia? —Lo veo claro, Hank, y tú también. Echaste de menos a tu mujer, no lo has superado porque no entendiste el motivo de vuestra ruptura. Es esa soledad y ese desasosiego el que te lleva a algo que, en teoría, no se puede ir. El dinero. Pero cuando lo pierdes revives su pérdida y por eso alzas tus apuestas. Sólo cierra ese capítulo y podrás ser feliz. Sin herir a nadie en el camino. —Esa vez fue escueta. Hank asintió y tras darle una palmada a su hijo en la espalda que parecía tranquilizadora, se fue dejándonos a los tres solos. Imaginé que iría a hablar con Samanta aunque, la falta de réplica en ese caso también me dejó saber que no estaba equivocada.

—Mañana no vengas a trabajar. Mejor no vuelvas a pisar mi oficina. —Fue lo último que me dijo Izan antes de salir de mi casa. Estaba despedida después de todo lo que había intentado hacer por él.

—¿Por qué me has hecho eso mamá? —Le grité. Me gustaba mi trabajo y me gustaba Izan. Bueno, como jefe. ¿O como algo más? ¿Cuándo se había colado como hombre vulnerable en mi pensamiento?

—Entiendo que sufras al ver a la persona que te gusta confundido pero tus cartas me dicen que todo va a acabar saliendo bien. Haz un poco de gimnasia zen conmigo. —Se puso a danzar por el salón y no la maté sólo por el hecho de que madre sólo había una. ¿La persona que me gustaba? ¿De dónde había sacado ella esa loca conclusión? ¿Y por qué no podía parar de darle vueltas a esa idea?

Capítulo 17

Ingrid

Despertarme pasadas las once de la mañana, pese a lo que podía pensar la gente, era una señal de que algo iba mal, muy mal.

Me incorporé echando las mantas hacia arriba intentando taparme de nuevo. Mi madre entró de repente en mi habitación aunque juraría que yo no había hecho ruido. Abrió las cortinas y me tendió un vaso de cristal cuyo contenido era zumo de naranja.

—Si no bebes pronto se irán las vitaminas y las buenas energías. —Me dejé caer contra la almohada. No podía oír en ese momento tonterías de las tuyas. —Además, está Izan esperándote en el salón. Ha insistido en que prefiera dejar que te despiertes por tu cuenta pero es que ya lleva una hora viendo a mis amigas del barrio haciendo yoga.

Me levanté de un saltó que bien podría haber sido mortal y fui hasta el marco de la puerta de mi habitación para comprobar atónita que, en efecto, mi ex jefe estaba allí sentado con las manos cruzadas.

—¿Qué hace él aquí? —Pregunté en un susurro con tonalidad de grito.

—¿Lo que ha dicho o lo que yo intuyo? —Mi madre se puso a quitar las sábanas de mi cama. Era imposible tratar de explicarle que yo hacía mis propias cosas. Ella siempre alegaba que, ayudarme, no me hacía más vaga. Elevé las cejas como única respuesta. —Sólo ha dicho que era importante. Y debe serlo para que esté ahí plantado como si fuera una estatua de esas que hay en los bancos de los parques.

Rebusqué en mi armario hasta dar con un vaquero y una camisa básica blanca. Casi me caí al ponerme las deportivas pero, tras hacerme una coleta, estaba lista. Salí nerviosa y él se levantó haciendo una pequeña mueca de sonrisa junto a un gesto de cabeza para que saliéramos fuera. Sí, mejor sería que mi madre no dijera nada al respecto en nuestra conversación.

—Buenos días. Toma. —Izan me tendió un café que había cogido en un local que los servía para llevar. —Imagino que ya está frío pero lleva chocolate blanco, no puede estar malo. —Le di un sorbo utilizando la pajita. —Oye...Te despedí en un calentón, pero cuando he llegado a la oficina y no estabas... —Dejó la frase en el aire haciendo que mi respiración se cortase.

—Sí, lo entiendo. —Respondí rápidamente. Me azoraba esa conversación. —No pasa nada. Si quieres voy a por las cosas y vuelvo. —Me adelanté.

—Sí, eso estaría bien. Ayer nos habló Invictus. —Eso llamó mi atención. —Dijo que enviáramos las pre campañas tal y como las tuviéramos. Así lo hicimos. Sólo podía pensar en que, si no hubieras estado en el equipo, probablemente, seguiría con un único folio en blanco. Además... Samanta y mi padre han roto. —Sólo quise que la tierra me tragase. —Pero está bien. Ellos hablaron y han quedado como amigos. Él dice que quiere seguir avanzando en solucionar su problema y que va a intentar una terapia con mi madre para perdonarla y así seguir con su vida de una manera más sana. — ¡Vaya! Mi madre resultaba ser una terapeuta genial. —Hoy nos dirán quien se queda la campaña y Gaspar ya ha firmado los papeles. Ha sido fácil fingir con mi equipo de siempre que estábamos en la ruina. Aunque, si te soy sincero, y contigo por alguna razón siempre lo soy, si no conseguimos la campaña estaremos en la ruina igual. Será cuestión de tiempo que la publicidad actual no dé para invertir y ni para que nos den más créditos que son en base a la cartera de clientes actual. —Ese hombre vivía demasiado estresado. Necesitaba unas vacaciones.

—Lo que tenga que ser será. —Le pasé la mano por el hombro a modo de consuelo. Sentí el calor bajo su camiseta y me pregunté por qué no podía despegar mis dedos de allí. Era una conexión especial que me llevaba a querer que él se sintiera mejor.

—¿Es el jefe de los “lions”? —Alina apareció de repente en la puerta de mi casa. Mierda, no había ido finalmente a su cumpleaños. ¿Podía ser peor amiga? —¿Te contrataron? ¿Por eso no viniste a mi fiesta? —¿Cómo podía explicarle que, más allá del trabajo, necesitaba de alguna forma que Izan estuviera bien? —Tía eres lo peor. —Y ella tenía que ser la mejor porque el empujón que me dio fue cariñoso. —No me hubiera enfadado, sé lo que querías ese trabajo. —Nos abrazamos y sentí que tenía que aprender a dedicar un poco más de tiempo a lo que era importante.

—Te llamo cuando acabe la locura que estoy viviendo. —Asintió mientras yo, silenciosamente, me preguntaba si la locura que era

trabajar ahí y ese constante subir y bajar de emociones acabaría alguna vez.

—Gracias por poner mi empresa por delante, eres... Bueno... Tú.
—No sabía exactamente qué había querido decir pero mi corazón había pegado un pequeño saltito.

—Me gusta tu empresa, creo que puede crecer. —Señalé mientras llegábamos caminando a la puerta principal. —Veamos qué pasa. —El sentimiento era irracional pero me quité el collar y se lo puse en la palma de la mano esperando que se lo guardase. Empezaba a creer en ese algo llamado destino que te llegaba cuando tenías una buena energía y estabas dispuesta a dar.

La espera sentada en una de las sillas de la habitación de reuniones se estaba haciendo eterna. Todos estábamos allí y nos jugábamos mucho. De hecho, estaban también todos los miembros del equipo original que habían abandonado por un momento la preparación de sus campañas sabiendo que era esencial la decisión de Invictus para la economía de la empresa.

Cuando el teléfono de Izan sonó pegamos inevitablemente un pequeño grito. Izan levantó la mano pidiéndonos silencio y descolgó. Su rostro era imposible de descifrar. Para cuando colgó mi corazón estaba que se iba a salir de mi pecho sin previo aviso.

—¡Habla! —Grité sin que nadie lo esperara. Izan y yo teníamos una relación basada en la sinceridad especial que no habíamos planeado.

—¡Es nuestra! ¡La campaña es nuestra! —Dijo eufórico viniendo directamente a abrazarme. Eso no pasó por alto para el resto de los presentes que cuchichearon por lo bajo. —¡Bien hecho! —Siguió felicitando al resto mientras yo intentaba recuperarme del último contacto con su cuerpo.

—Ahora todos a perfeccionar su parte. Edwin los dibujos. Elvira la parte de redacción editorial. Conseguiré espacios publicitarios. —Repartí de nuevo el trabajo volviendo adquirir una posición de liderazgo. Me salía tan natural que no lo podía evitar. —Vamos a trabajar. —Los vi salir uno a uno. Todo el mundo estaba contento. El equipo original me dio las gracias y yo me sentí como si un rayo de sol me iluminase. Yo tenía un hueco en esa empresa y no hacía

falta esperar a que me lo confirmaran o firmara una plaza fija para saberlo. Hay cosas que se sienten.

—Todos ven lo buena que eres en lo que haces. —No me había dado cuenta de que Izan había decidido quedarse dentro de la habitación. El espacio parecía reducirse cuando querías poner la máxima distancia con una persona. ¿Por qué? Bueno...él era irritante, mandón, guapo, vulnerable e irresistible. —Pero sólo yo te veo como eres. —Tragué saliva en respuesta.

—¿Y cómo soy? —Yo era muchas cosas pero siempre me enfocaba en mis proyectos profesionales.

—Decidida, buena, familiar, fácil de enfadar. —Me reí ante lo último que dijo. —Y tienes que ser también algo bruja.

—¿Cómo mi madre? —Dije riendo más de lo que podía recordar haberlo hecho en el último año.

—Quizá venga de familia. —Afirmó el sin parar de mostrarme sus dientes blancos y perfectos. —¿Sabes por qué? —Negué lentamente con la cabeza. —Porque si no lo eres, no hay otra forma de explicar lo mucho que quiero acercarme a ti. Quiero contarte mis problemas y yo nunca hago eso. Es como si todo lo que hago o pienso me llevase de vuelta a ti. —No había tenido mucha experiencia pero estaba casi segura de que aquello era una declaración. —Me gustas. —¡Oh, sí lo era! —Como algo más que un pasatiempo, como alguien a quien querer ver cuando llego a casa. Como alguien con quien podría olvidarme del trabajo. —Sus manos agarraron mi cintura acercándome a él. No podía respirar. ¿Podía sentir más mariposas en el estómago? Sí. Lo hice cuando decidió inundar mi boca con la suya. Ese beso era el principio de algo que no podía entender.

¿Cuándo había pasado? ¿En qué momento de nuestro tira y afloja se había convertido en mucho más que mi jefe?

Epílogo

Izan

Nunca había sido capaz de delegar. Quizá había sido ese el motivo de encontrarme tan sólo aunque estuviera rodeado de tanta gente. Mi equipo original era extraordinario y, en realidad, aunque mis aportaciones eran buenas, eran capaces de hacer su trabajo de forma perfecta sin mí.

Ingrid consiguió que la campaña fuera un éxito total, de hecho, el mismo día que la lanzamos recibimos clientes nuevos. Además, me estaba enseñando a ser más persona y menos jefe. Ella lideraba el segundo equipo. Elvira, Edwin y ella misma formaban una agrupación genial con ideas dispares pero compaginables.

—¿Para qué quieres que esté presente? —Preguntó Ingrid llegando a la sala de las cámaras. Era día de elegir nuevos integrantes para la empresa. Resultó que tal cantidad de trabajo necesitaría aún más gente nueva. Yo que siempre había temido que el equipo se desmoronase por conflictos o relaciones, resultó que siempre había necesitado quemarse menos, trabajar en pocos proyectos simultáneamente y más aire fresco.

—Creo que tú puedes llevar esta decisión con nosotros. Quizá des con una “nueva Ingrid” que nos vuelva a dar una súper campaña. —Se río de esa forma que me encantaba cada día más. Era tan bonita la sensación de hacer feliz a otra persona.

—Está bien. —Dijo susurrando en mi oído. —Recuerda que tenemos que ir a comer con tu padre y tu madre. —Era cierto y también me tenía contento ese aspecto. ¿Cómo podía Ingrid haber solucionado todo en tan poco tiempo?

Ellos habían conseguido hacerse amigos. Hank entendió que se había equivocado justo en lo que yo me estaba equivocando. Se entregó por completo a su negocio olvidando lo importante que era la familia. Pero ahora estaba bien, incluso había conseguido conocer sin altercado al francés. Hacía tanto tiempo que no

teníamos ese tipo de comida familiares que era raro y me ponía nervioso.

Sabía que iría bien. Era la certeza que se tenía cuando alguien que estaba contigo pasase lo que pasase te decía que así sería.

Me besó devolviéndome como hacía cada día la fe. Era eso lo que nunca había buscado pero era, precisamente eso, lo que había necesitado siempre.

FIN

Agradecimientos:

Me gustaría dar las gracias a todas esas personas que creen en el amor a pesar de los tiempos que corren. Y que, además les gustan las historias sabiendo que son eso, historias.